

**Título** Reflexiones en torno a las tensiones teórico-conceptuales de los estudios generacionales

---

**Tipo de Producto** Ponencia (texto completo)

---

**Autores** Maioli, Esteban Patricio Ezequiel

---

Presentado en el Seminario de Investigación en Juventud - Ciudad Autónoma de México - Enero 2019

## Código del Proyecto y Título del Proyecto

---

BSR191 - Generaciones históricas y Educación Superior. Un estudio comparativo de prácticas y representaciones sociales de la formación universitaria de los miembros de la Generación Z (México-Argentina, 2019).

## Responsable del Proyecto

---

Maioli, Esteban Patricio Ezequiel

---

## Línea

---

Educación

---

## Área Temática

---

Líneas Transversales

---

## Fecha

---

Enero 2019

---

**INSOD**

Instituto de Ciencias Sociales y Disciplinas  
Proyectuales

FUNDACIÓN  
**UADE**

## LOS ESTUDIOS GENERACIONALES

### 1. LAS GENERACIONES HISTÓRICAS

En la tradición de pensamiento sociológico se han utilizado distintas categorías conceptuales con el propósito de “recortar” agrupamientos poblacionales a partir de ciertos idearios compartidos. La “generación histórica”, en consecuencia, puede ser entendida como un intento conceptual más dentro del pensamiento sociológico que permitiera caracterizar los diversos recortes socioculturales que resultan necesarios para poder pensar el decurso de la vida social.

En la actualidad, en ciertos campos disciplinares, se ha recuperado ampliamente la categoría de generación histórica para caracterizar a los grupos poblacionales e intentar identificar sus diferencias más notables. En campos tales como los Recursos Humanos, la Administración y las Relaciones Públicas, como así también en la Publicidad, el Marketing y disciplinas afines. No obstante, el concepto de generación histórica reconoce su origen en estudios sociológicos, y por ello, resulta menester recuperar sus significados originales, al mismo tiempo que plantear las discusiones posteriores en torno a él y las tensiones que son posibles encontrar en su uso contemporáneo.

Si bien el uso original del concepto puede ser rastreado hacia la década del '30, en los estudios fundacionales de Karl Mannheim, hacia la década del '50, en pleno auge del estructural-funcionalismo, se recupera esta categoría conceptual. Será a partir del estudio de Eisenstadt *De generación en generación* (1956) en donde se utiliza nuevamente el concepto, con cierto recorte teórico específico. No obstante, los estudios sociológicos posteriores se privilegió el uso de otras categorías conceptuales, tales como clase, género o etnicidad, lo cual condujo a un desinterés en los estudios generacionales.

Sin embargo, desde la propia reflexión sociológica, el uso de generación histórica como concepto ha sido nuevamente recuperado con el propósito de señalar sus limitaciones y

problemas. En virtud de ello, muchos sociólogos prefieren la utilización del concepto “cohorte” para poder caracterizar a los distintos agrupamientos generacionales. Desde esta perspectiva, cohorte es entendida “un grupo de personas nacidas en el mismo tiempo y lugar y, consecuentemente, sobre las que se presume tienen similares experiencias etarias y trayectorias de vida (Katz, 2017: 12). Según los partidarios del uso de esta categoría conceptual, las cohortes parecieran tener un carácter más específico y propio de el de las generaciones históricas. Elder (1974) fue uno de los primeros investigadores que realizó pesquisas empíricas utilizando este concepto, fundando los estudios de “cursos de vida”.

Sin embargo, al poco tiempo, varios teóricos comenzaron a identificar ciertos hiatos teóricos en la propuesta de Elder, al mismo tiempo que advirtieron desigualdades persistentes en las distintas cohortes, que atravesaban a estos grupos y que no podían ser explicados del modo que Elder proponía. Ciertos supuestos fueron profundamente discutidos por algunos especialistas (Dannefer, 2003; Cain, 2003, por ejemplo). Cain (2003) particularmente puntualiza que el concepto de cohorte, conformado a partir del año de nacimiento, no es capaz de reconocer otros elementos de diferenciación identitaria, tales como el nivel estratificacional, la condición de mayoría o minoría étnica y el clivaje urbano-rural.

Tal como se indicaba previamente, el primer pensador en utilizar y advertir la problemática de las generaciones históricas fue Karl Mannheim (1928). En su trabajo pionero *El problema sociológico de las generaciones* sienta las bases de los estudios generacionales. Mannheim sostuvo que, al momento de estudiar las generaciones, era menester involucrar en el análisis de manera concurrente al menos tres consideraciones fundamentales: la construcción de una conciencia generacional, la identidad y la locación histórica. Mannheim sostenía que la ubicación histórica de un agrupamiento poblacional ciertamente los condicionaba a tener un conjunto de experiencias similares. Sin embargo, advertía que la conformación de una conciencia generacional no puede ser reducida exclusivamente a tal situación. Para este pensador alemán, una generación histórica se conforma a partir de la participación de sus miembros en un destino común. Con ello, Mannheim quiere advertir que las generaciones históricas no pueden ser pensadas como unidades estancas; por el contrario, se caracterizan por su carácter

dinámico. El cambio de una generación a otra siempre debe ser comprendido como una transición. La nueva generación siempre mantiene contactos e intercambios con la generación previa, pero a partir de ellos, advierte una modalidad de “contacto radicalmente novedoso”, lo que permite reconocer sus diferencias con relación a la anterior. No obstante, no es posible reconocer que una generación es distinta de otra en virtud de un recorte temporal específico (para algunos especialistas, las generaciones históricas se “recortan” cada quince o treinta años), sino más bien de las transformaciones del proceso sociocultural que condiciona modos de interacción y relacionamiento distintivos entre los miembros de esos colectivos sociales. De tal modo, según Mannheim algunas generaciones son capaces de distinguirse de otras a partir de un modo de vida distintivo, mientras que otras no llegan a poner en acto tales potencialidades.

En cierta medida, los aportes realizados por Pierre Bourdieu (1998) retoman ciertos elementos de la propuesta de Mannheim con relación a las generaciones históricas. Para el sociólogo francés, una generación histórica puede ser concebida como un campo social materializado en discursos, prácticas, eventos socioculturales y valores. De este modo, las generaciones históricas no necesitan ser definidas específicamente como cohortes, sino más bien como un “campo cultural”. Sin embargo, tal como alerta Katz (2002) “el capitalismo de posguerra ha sido tan ágil en incorporar mercados pseudo-generacionales “sin edad” a su expansión cultural, que la imagen dominante de “crecer sin envejecer” se ha convertido en un marcador de vida exitosa” (Katz, 2002: 14).

Oddone y Lynch (2008) definen a la generación histórica como una creación social. Puede advertirse la existencia de una generación siempre que una serie de eventos sociohistóricos ocurren de modo tal que son capaces de demarcar una cohorte en términos de conciencia sociohistórica. Este agregado de individuos, desde esta perspectiva que recupera la noción de “curso de vida” de Elder, experimenta una serie de eventos históricos comunes durante un mismo intervalo de tiempo. Por ello, tal como afirman las autoras, “las generaciones pueden ser definidas a partir del contexto y de los acontecimientos sociohistóricos que les corresponde vivir” (Oddone y Lynch, 2008: 124). Sustentando la posición de Mannheim, las autoras también confirman que las personas construyen una memoria biográfica más sólida sobre aquellos eventos de la

vida que fueron experimentados en durante su adolescencia y juventud temprana, momento del curso de la vida en el cual el agente social realiza su “apertura al mundo”.

Braungart (1984) entiende que “las generaciones históricas y las unidades generacionales representan patrones únicos de comportamiento político y social que convergen en la exposición o experiencia de eventos históricos, la interpretación de tales eventos a partir de una conciencia etaria y los modos dinámicos de respuestas a tales eventos (Braungart, 1984: 114). De este modo, para este pensador, las generaciones históricas cuentan con un carácter eminentemente crítico de los momentos sociohistóricos que les corresponde experimentar. Generalmente, las generaciones históricas se conforman como una respuesta a momentos de convulsión social, en donde la participación de los movimientos juveniles representa una síntesis de fuerzas históricas, generacionales y conductuales. De este modo, una generación asume una particular forma y carácter que le es propio. Según Braungart, esta modalidad de conformación es lo que habilita que las generaciones se conformen en un proceso dinámico, en donde su delimitación como tal se configura a partir de los conflictos con otras generaciones e, incluso, dentro de las mismas unidades generacionales. Para Braungart, en consecuencia, “una generación histórica, en la forma de unidad generacional o movimiento juvenil, se configura cuando la gente joven, entendido como grupo etario, rechaza el orden existente, se une e intenta redirigir el curso de la historia humana (Braungart, 1984: 115). En virtud de esta conceptualización de generación histórica, el elemento de diferenciación y delimitación de una unidad generacional es el conflicto. Tal como afirma el autor, el conflicto fundamental que conforma a las generaciones históricas es aquel que deviene de la conciencia de los movimientos juveniles, que reconocen que los cambios históricos provocan una serie de inequidades que convocan a los jóvenes a enfrentarse a sus mayores. El conflicto intergeneracional asume el modo de desautorización de la generación adulta, al tiempo que autorización y reconocimiento a la generación joven. “La desautorización de la generación adulta implica un rechazo, ataque e incluso destrucción de valores, normas y tradiciones de la autoridad y el control adultos” (Braungart, 1984: 116).

Coomes (2004) afirma que las generaciones históricas sólo pueden ser comprendidas a partir de una relación cíclica entre la historia y los cursos de acción que tales

generaciones tienen sobre los sucesos históricos. Tal como afirma, “dos poderosas fuerzas, la historia y la cultura popular, juegan un importante rol en moldear valores, creencias, actitudes y modos de ver el mundo de individuos y grupos” (Coomes, 2004: 18).

## **2. LA TEORÍA SOCIOLÓGICA SOBRE EL CONCEPTO DE GENERACIÓN**

El concepto de generación histórica se encuentra enraizado en la teoría sociológica desde los aportes teóricos fundacionales. A lo largo del tiempo, el concepto ha sufrido transformaciones, resignificaciones, e incluso vaciamientos provenientes de otros campos disciplinares. Resulta menester revisar el modo en que la teoría sociológica aborda el concepto de generación desde sus etapas iniciales para reconocer qué sentidos actuales se le otorgan a la categoría conceptual.

Este trabajo de revisión del concepto resulta de un interés primordial, en tanto que es posible reconocer en la actualidad un uso meramente operacional de la categoría “generación”, sin que ello implique una necesaria problematización de ella. Por el contrario, en la mayoría de los estudios que trabajan en torno a la categoría conceptual de generación histórica no existe una discusión relevante respecto de sus alcances, tensiones y limitaciones. Es la pretensión de esta revisión, justamente, identificar de qué modo el concepto de generación histórica ha sido tratado en algunos estudios (especialmente aquellos que provienen de disciplinas no estrictamente sociales) de manera superficial.

Si bien es posible reconocer que la generación histórica es un tipo de agrupamiento social adscrito (en virtud del cual diferencia socialmente al agente social por su inserción en el mundo social objetivo en cierto momento histórico), a diferencia de otros de semejante condición, tales como los agrupamientos parentales o comunitarios, la generación pareciera no implicar necesariamente un autorreconocimiento de pertenencia a ella a partir de las recurrentes modalidades de interacción social que se desarrollan en el decurso de la vida cotidiana. De modo más sencillo: los miembros de una generación histórica se relacionan socialmente con muchos otros agentes sociales de otras generaciones históricas. De tal modo, es posible preguntarse hasta qué punto

es posible pensar la adscripción a una generación como operación de diferenciación social con relación a los “otros”. Es decir, ¿realmente los miembros de una generación histórica se adscriben a ella? ¿O más bien es posible pensar que la membresía a la generación histórica resulta de una operación de categorización que “los otros” realizan sobre los miembros de ella? Esta cuestión resulta fundamental para elucidar el carácter identificadorio que podría llegar a asumir la generación histórica entre los miembros que se reconozcan (ya sea por autoidentificación o bien por categorización) como parte de ella.

Bauman (2007) sostiene que la generación histórica, entendida como concepto y no como realidad sociológica, opera con un carácter performativo. Es decir, el investigador social, al nominar a un colectivo social como “generación histórica”, lo crea como tal, atribuyéndole una serie de atributos que le serían propios y específicos. De algún modo, la utilización de la categoría conceptual de generación histórica, según Bauman, operaría de modo semejante a como lo haría la categoría de nación en términos de una comunidad imaginada (Anderson, falta año). En virtud de esta mirada crítica respecto de la existencia real de las generaciones, es necesario identificar qué alcances ha tenido esta categoría conceptual en el amplio desarrollo de la teoría sociológica desde sus etapas fundacionales a mediados del siglo XIX hasta la actualidad.

Feixa (2011) periodiza el desarrollo del concepto “generación” en tres momentos históricos delimitados: a) los estudios fundacionales de las generaciones históricas, llevados a cabo en los años '20 del siglo pasado, de la mano de los aportes realizados por Mannheim y Ortega y Gasset; b) la resignificación del concepto a partir de una teoría del conflicto, especialmente a partir de la década del '60 del siglo XX, fundada por los aportes de Mendel; c) una nueva resignificación del concepto a partir del desarrollo de la sociedad-red y la celeridad del cambio tecnológico, iniciado desde la década del '90 del siglo XX, y heredera de los aportes de Tapscott y otros. Esta periodización resulta valiosa, pues se construye en torno al modo en que las teorías sobre las generaciones históricas pretenden dar cuenta de problemáticas históricas específicas, y en particular, al modo en que tales problemáticas exigen una revisión de los supuestos epistémicos del concepto de generación.

Si bien Mannheim (1928) y Ortega y Gasset (1923) fueron los primeros que abordaron específicamente el problema de las generaciones históricas, es posible reconocer que sus conceptualizaciones abonan reflexiones previas, de carácter cuasi-filosóficas, ancladas en los desarrollos fundacionales del positivismo francés y de la escuela histórica alemana. Feixa (2011) afirma que la concepción comteana de las generaciones se funda en su concepción mecanicista del tiempo histórico, fundada en la noción de dinámica social entendida como progreso. La concepción del progreso propia del positivismo, eminentemente lineal y asociada a aspectos objetivos y pasibles de ser medidos, compele al pensador francés a sostener que la sucesión generacional también es objeto de medición, y por ello resulta posible identificar a una nueva generación cuando esta reemplaza a la anterior. Por ello, Comte sostiene que las generaciones son delimitables en virtud del tiempo biológico, y con ello determina que cada 30 años emerge una nueva generación histórica. Feixa (2011) sostiene que en la concepción biologicista de las generaciones que propone Comte se sostiene sobre esa noción de equilibrio u orden que el pensador francés elabora a partir de su estática y dinámica social. La continuidad generacional es la que permite reconocer que la estructura social se sustenta en un equilibrio que deviene de los cambios que introducen las nuevas generaciones y la estabilidad que las anteriores le proporcionan a la estructura. Feixa sostiene que “el progreso que se identifica con las nuevas generaciones no significa la devaluación del pasado, que coincide con las anteriores generaciones. El tiempo social se *biologiza*. Al igual que el organismo humano, el organismo social también está sujeto a deterioro. Pero en este último, las *piezas* se pueden reemplazar fácilmente: las nuevas generaciones reemplazarán a las anteriores” (Feixa, 2011: 12).

La escuela histórica alemana, de la mano de Dilthey, propone una concepción de las generaciones históricas que su ubica en las antípodas del pensamiento positivista francés. Según esta escuela, resulta más importante el significado que asumen las relaciones sociales de los miembros de una generación histórica que el hecho de la sucesión objetiva de generaciones en términos objetivos. Tal como afirma Feixa, Dilthey “sostenía que las generaciones eran definibles en términos de relaciones de contemporaneidad y consistían en grupos de gente sujetos en sus años de mayor maleabilidad a influencias históricas (intelectuales, sociales, políticas) comunes” (Feixa,



2011: 14). Lo importante, desde esta concepción, es el hecho que las generaciones comparten experiencias en un tiempo histórico determinado. Son ese conjunto de experiencias vitales situadas en un tiempo y lugar específicos los que, en última instancia, determinan la pertenencia o no a una cierta generación histórica. La posibilidad del agente social de poder construir una “memoria histórica” es, en definitiva, lo que habilita pensar en que sujetos individuales pueden pensarse a sí mismos como miembros de una generación. Sólo los agentes sociales son capaces de trascender un tiempo natural y conformarse como sujetos significativos a partir de la comprensión de un tiempo humano que es capaz de distinguir el pasado del futuro, y anclarse en un presente que siempre se escapa.

Mannheim (1928) será el primero de los teóricos que directamente aborde la problemática de las generaciones históricas, fundándose en los aportes previos, pero con la clara pretensión de poder construir una teoría propia que se alejase del determinismo comteano y del romanticismo diltheyano. La preocupación de este pensador consistía, fundamentalmente, en intentar entender el modo en que se construye el conocimiento, y por ello, aborda las generaciones históricas como dimensiones de análisis que pueden conformarse como útiles para tal propósito. Mannheim identificará que las generaciones históricas cuentan con “estilos de pensamiento” que son lo suficientemente poderosos para provocar una ruptura, es decir, un cambio social. De esta manera, intenta entender de qué modo el cambio no necesariamente debe asociarse a una situación de carácter material (tal como lo hacía el marxismo a partir de su noción materialista de clase social).

Mannheim entendía que una generación histórica no se delimita en virtud de la fecha de nacimiento de sus miembros, sino más bien por la porción del proceso histórico en que jóvenes de misma edad y clase comparten. La generación se configura en virtud de los vínculos sociales, pero también a partir de ciertas rupturas del tiempo histórico que permiten reconocer un antes y un después, es decir, un criterio de delimitación. Lo que resulta definitorio de la generación histórica es el hecho de que esas rupturas históricas son experimentadas por los jóvenes en momentos de primordial relevancia de su socialización. De tal modo, esas experiencias históricas cuentan con una fuerza superlativa en la configuración de la subjetividad de estos jóvenes, de modo tal que se

conforman como impresiones primarias que, desenvueltas en el marco de experiencias juveniles, comportan una importancia fundamental para los modos de interpretación que se desarrollen ulteriormente. Por ello es posible hablar de unidades generacionales, entendidas como colectivos sociales que conforman vínculos o relaciones sociales en virtud de estos modos de significación. Con ello, Mannheim resalta el hecho de que una unidad generacional se configura como tal con independencia de los grupos concretos a los cuales sus miembros pertenecen.

Otros de los aportes más significativos al estudio de las generaciones desarrollado durante la década del '20 del siglo pasado fue el realizado por el notable pensador español Ortega y Gasset. Su texto fundamental, "La idea de las generaciones", publicado en 1923, explica que las personas que habían nacido en una misma época histórica compartían una misma sensibilidad vital, lo cual las diferenciaba de la generación previa y de las posteriores. Cada generación cuenta, desde su perspectiva, con una misión histórica. Esa misión, en la mirada de Ortega y Gasset, se asociaba a su condición de ser un sujeto colectivo de cambio social. De algún modo, este pensador liberal le otorga a la generación la misión histórica que Karl Marx le asignaba al proletariado: la de ser el sujeto de la historia. En términos de Ortega y Gasset, las generaciones históricas se configuran como tales cada quince años. Sin embargo, no es adecuado pensar que las generaciones se caracterizan por su sucesión lineal, sino más bien por su superposición histórica. Con ello, el pensador español resalta una concepción elitista de las generaciones, en tanto que sólo se configuran como tales aquellas que logran comprender una sensibilidad vital que les permite operar como vanguardia de los cambios sociales que las épocas históricas exigen. Sin embargo, Ortega y Gasset le brinda nula importancia a la reflexión acerca de cómo son capaces estos grupos etarios de conformar una conciencia común y de cómo son, efectivamente, una fuerza histórica de cambio social.

Con posterioridad a los desarrollos de este pensador español, sus discípulos teóricos continuaron con su teoría de las generaciones. Probablemente el de mayor relevancia haya sido Luis Marías (1949) quien publica la obra "El método histórico de las generaciones". Sin embargo, al igual que los trabajos de Ortega y Gasset, la reflexión de Marías se ancla todavía en un pensamiento eminentemente filosófico, sin recuperación

de datos empíricos. Recién hacia la década de los '60 se comenzarán a realizar estudios empíricos que problematizarán el recorte generacional de los quince años y que ampliarán la noción de generación introduciendo nuevas complejidades al fenómeno.

Feixa (2011) resalta el aporte de Abrams como una ruptura en el desarrollo conceptual acerca de las generaciones históricas. Continuador de la propuesta de Mannheim, Abrams (1982) pretende anclar su perspectiva de las generaciones a partir de la noción de identidad. Con ello, pretende indagar y conceptualizar a las generaciones a partir de la estrecha relación existente entre el decurso de un tiempo social (historia) y un tiempo individual (biografía). Esta mirada constructivista supone que la antinomia estructura-individuo puede ser superada a partir de un entendimiento de los múltiples condicionantes y determinantes mutuos. En el marco de las teorías de la identidad, Abrams sostiene que no es posible decir nada acerca de ella si no se considera el marco referencial que implica la historia. Desde esta perspectiva, se entiende que la identidad no es meramente definible por el ejercicio de un status-rol (lo cual conduciría a entender la identidad de modo mecanicista, en términos de ocupación del agente en una posición condicionada por el orden institucional), sino más bien a partir de la inserción del agente social en un tiempo social que conforma ciertos modos de actuación en el mundo objetivo. En otras palabras, la identidad se configura a partir de una síntesis dialéctica de la biografía con la historia. Señala Feixa que "Para Abrams, una generación en el sentido sociológico es el período de tiempo durante el cual una identidad se construye sobre la base de los recursos y significados que social e históricamente se encuentran disponibles" (Feixa, 2011: 15). Por ello, las generaciones históricas deben ser entendidas como identidades que habilitan nuevos posibles cursos de acción. Esto implica entonces que no es posible reconocer que las generaciones históricas, en su sentido sociológico, necesariamente son reconocibles a partir de una sucesión de generaciones biológicas. Si las generaciones biológicas cuentan con una normatividad que les es propia (según la literatura, una generación biológica se conforma como tal cada 15 o 30 años, según la posición que se asuma), una generación histórica no necesariamente sigue el mismo curso. Ello le permite a Abrams sostener que una generación histórica puede durar muy largo tiempo (por ejemplo, en tiempos premodernos) o muy corto tiempo (tal como es posible pensar en el marco de momentos históricos de cambio social acelerado). Los

momentos de ruptura de una generación con relación a otra no necesariamente deben identificarse a partir de acontecimientos históricos claramente delimitados, sino más bien como consecuencias de largos procesos de transformación (económicos, políticos, culturales) que modifican el sentido de un tiempo histórico y, con ello, el significado de las experiencias sociales que los sujetos individuales vivencian en el decurso de su biografía.

Feixa sostiene que “tanto para Abrams como para Mannheim, el principio de una nueva generación está marcado por importantes discontinuidades del mundo histórico e institucional dominante del momento. De nuevo, es el tiempo histórico-social con sus ritmos el que se encuentra en el núcleo de la definición de nuevas generaciones e identidades sociales” (Feixa, 2011: 15). Desde esta mirada, las generaciones históricas son puntos de contacto que evidencian el modo en que el tiempo social (la historia) y el tiempo individual (la biografía) encuentran una senda común y se corporizan en agentes sociales concretos.

El desarrollo de las teorías asociadas a las generaciones históricas ha asumido a partir de las últimas tres décadas un nuevo desarrollo e impulso. Entre estos desarrollos resulta de especial interés aquel que se asocia a las conciencias generacionales. Feixa (2011) afirma que el concepto de conciencia generacional aporta un nuevo elemento de discusión a la problemática de las generaciones. En particular, por dos motivos: primero, pues permite llevar a cabo esa relación necesaria entre el tiempo biográfico y el tiempo histórico-social; segundo, porque introduce la cuestión de la reflexividad en el estudio de las dinámicas generacionales. La introducción de la conciencia generacional permite estudiar el modo en que las distintas generaciones son capaces de construir vínculos sociales. El foco de la conciencia generacional se ubica en la capacidad que tiene el agente social de ubicarse históricamente. Es decir, de generar por parte del agente una autoconciencia que le permite discernir el pasado y el futuro más allá de sus experiencias vitales. De algún modo, el agente social se reconoce como parte de un colectivo social más amplio en virtud de sus experiencias y de cómo ellas se relacionan con las experiencias de generaciones previas, pero también de las futuras. Este modo de subjetivación de la conciencia generacional habilita la posibilidad de conformar vínculos con las generaciones pasadas al tiempo que inserta la propia experiencia de la biografía en una historia social más amplia que la incluye.

Los estudios que abordan la conciencia generacional no abandonan la preocupación por la conformación de la identidad. Por el contrario, abonan esta discusión. La conciencia generacional permite al sujeto social reconocer qué diferencias tiene respecto de las generaciones previas y permite reconocer los contrastes necesarios para abordar el futuro. Tal como afirma Feixa, “la conciencia generacional —una dimensión que, por su naturaleza, enfatiza un enfoque reflexivo— conlleva conciencia de la propia proximidad /distancia de otras generaciones familiares vivas” (Feixa, 2011: 19).

De algún modo, los estudios que avanzan en esta conceptualización de la conciencia generacional también lo hacen sobre las cuestiones asociadas a la memoria. El elemento reflexivo que introducen estas teorías de las conciencias generacionales se asocia a el modo en el cual los agentes sociales son capaces de construir una memoria personal a partir de contenidos que son transmitidos por los miembros familiares de las generaciones previas. En la socialización, proceso social constitutivo de la subjetividad del agente social, los primeros cuidadores transmiten contenidos que se conforman como parte de un sentido común que es internalizado por el agente social. De este modo, los agentes socializadores promueven la transmisión de contenidos no intencionados que forman parte de su propia memoria vital y que para el agente que está siendo socializado se presentan como lejanos o distantes. La memoria del agente social, en consecuencia, no sólo se conforma a partir de sus experiencias vitales (recuperadas como recuerdos personales), sino también de experiencias de los otros que pertenecen a generaciones previas y que se han integrado a su memoria por vía de la socialización. Es justamente la conciencia generacional la que habilita la mirada crítica de la memoria construida en estos términos. El agente social es capaz de asumir una mirada crítica sobre esta memoria, y en virtud de ello, asumirla como legítima o rechazarla. Por ello, “la conciencia generacional conlleva una asunción deliberada de las continuidades y discontinuidades intergeneracionales y la posibilidad de darles forma de base para procesar el tiempo biográfico. En otras palabras, la conciencia generacional es una herramienta potente para convertir las diferencias entre generaciones en la base del propio reconocimiento” (Feixa, 2011: 20).

### **3. HACIA UNA POSIBLE DEFINICIÓN OPERATIVA DE GENERACIÓN HISTÓRICA**

Tal como demuestra la sección previa, existe una prolífica literatura en el campo de la Sociología y disciplinas afines que discuten la potencialidad teórica del uso de la categoría conceptual “generación histórica”. No todas estas perspectivas asumen modos semejantes de comprender el concepto. Por tal motivo, resulta menester delimitar conceptualmente qué se entiende por generación histórica en el marco de esta publicación y desde que marcos teóricos se asume tal definición.

La categoría conceptual “generación histórica” ha sido utilizada durante largos años en la tradición sociológica. No obstante, hace apenas 15 o 20 años su uso se ha generalizado en otros campos disciplinares, principalmente vinculados al área de los negocios o la comercialización. De este modo, es posible advertir una proliferación de estudios provenientes de diversas disciplinas que recuperan a la generación histórica como su unidad de análisis. También es conveniente señalar que esta “moda” académica muchas veces se ve acompañada de un uso inadecuado, lo que provoca también una explosión de nuevas formas de denominación de las generaciones históricas que dificulta la posibilidad de llegar a ciertos consensos acerca de qué es el objeto que pretende ser conocido y el modo adecuado de nominarlo. Por tal motivo, existe una excesiva polisemia con relación a las categorizaciones conceptuales de las generaciones históricas, en muchos casos debido a la necesidad de “decir algo nuevo” acerca de ellas. Esta debilidad conceptual conduce, en ciertos casos, a identificar distintos objetos de estudio cuando, en realidad, se hace referencia al mismo referente empírico concreto.

Es posible entender que una generación histórica es un tipo de agrupamiento social adscrito cuya característica primordial consiste en que sus miembros comparten fechas de nacimiento, y en virtud de ello, un conjunto de experiencias vitales compartidas a partir de desarrollar sus prácticas sociales en el marco de un mismo contexto sociocultural. Según Smola y Sutton (2002), la generación histórica es un grupo identificable de la población que comparten años de nacimiento, pero, fundamentalmente, significativos eventos de la vida en críticas etapas de su desarrollo psicosocial. En este sentido, los miembros de una misma generación histórica participan de experiencias históricas y sociales semejantes debido a que su participación en el mundo se da a partir de un contexto social, económico, político y cultural compartido.

Según Berger y Luckmann (2003), la socialización primaria (y secundaria también) se presenta como un proceso social de conformación de la identificación social, mediante el cual los agentes sociales internalizan el mundo social objetivo por medio de una serie de mecanismos específicos. De este modo, tanto valores, normas, ideas, tradiciones, símbolos y actitudes se conforman como parte de la personalidad del agente social a partir de la interiorización de un contexto sociocultural común que opera como marco referencial para sus procesos de acción e interacción social. En virtud de ello, es posible reconocer que los miembros de una misma generación histórica poseen ciertas actitudes psicosociales comunes, debido al impacto que, en su subjetividad, tuvieron eventos históricos significativos.

La literatura específica sobre generaciones históricas coincide en considerar a este agrupamiento social como una unidad de análisis legítima para el estudio de ciertos comportamientos sociales que se desenvuelven en el ordenamiento institucional. De este modo, Pilcher (1994) considera a la generación histórica como un agregado de personas de similar edad, y que, por ello, participan en las mismas circunstancias históricas y sociales. Estos eventos significativos que ocurren durante su socialización (eventos tales como una época de prosperidad o de crisis económica, procesos de innovación tecnológica, o incluso eventos más específicos como un atentado terrorista, una guerra o una situación de fuerte conmoción social), son importantes porque, aun de manera inconsciente, influyen en la formación subsecuente de las actitudes y los patrones de comportamiento de quienes están en la misma etapa de desarrollo al momento de estos eventos. Si bien todo el colectivo social enfrenta tales hechos históricos, el momento en el cual cada generación histórica se ve enfrentado a ellos afecta de modo notable su subjetividad, y, en consecuencia, sus modos de significar y darle sentido a sus prácticas sociales. Es posible reconocer el hecho de que no resulta del mismo modo significativo para un agente social contar con “memoria biográfica” de un cierto evento sociohistórico que tener “memoria histórica” sobre tal hecho. Aquellos eventos del curso de la historia que los agentes sociales experimentan vívidamente durante el transcurso de su ciclo vital se alojan en la memoria de manera mucho más significativa que aquellos de los cuales tienen un conocimiento por el relato de “los otros” (Oddone y Lynch, 2012).

Según entienden Ogg y Bonvalet (2006), la generación histórica es un grupo de edad que comparte a lo largo de su historia un conjunto de experiencias formativas que los distinguen de sus predecesores. Según los autores, no resulta suficiente formar parte del grupo a partir de un cierto recorte etario, sino fundamentalmente es menester reconocer un conjunto de vivencias históricas compartidas. Estos eventos macrosociales condicionan idearios y formas de ver la vida y el contexto social. De algún modo, proponen una serie de valores comunes. Kopperschmidt (2000) también afirma que la generación histórica puede ser definida a partir de un conjunto de experiencias de vida compartidas, en tanto que se vivencian los mismos hechos históricos en etapas críticas del desarrollo cognitivo y emocional.

González (2011) advierte que el estudio generacional en la actualidad adquiere mayor significación en virtud de los efectos homogeneizadores que conlleva el proceso de globalización económica, política, social y cultural. En épocas pretéritas, donde el proceso de globalización no se encontraba extendido, y mucho menos consolidado, las unidades generacionales se definían a partir de un conjunto de experiencias locales más acotadas y definidas en espacio y tiempo. Sin embargo, señala González (2011), ahora es posible unificar bajo una misma generación histórica a un agrupamiento social mucho más distante, tanto en términos geográficos como culturales, pero cuyo elemento común pareciera ser su edad, en tanto ella condiciona los modos de internalización del mundo objetivo. Indica este autor que los miembros de una misma generación se sienten más próximos unos de otros. Incluso advierte que existe algo así como un “efecto contagio”, tanto de valores y prácticas, en gran medida extendidos en tiempo y espacio por la celeridad de las comunicaciones por redes digitales y otros medios de comunicación. Gonzalez (2011) adjudica a la globalización la causa eficiente que explica la aparente homogeneización de comportamientos sociales y actitudes psicosociales de las nuevas generaciones. Sin embargo, esto podría ser discutido.

Todas las perspectivas previamente señaladas reconocen, más allá de sus posibles diferencias, un elemento común: la pertenencia generacional se recorta a partir de un conjunto de elementos socioculturales (tales como valores, creencias, idearios, actitudes, entre otros) compartidos, los cuales se derivan de una serie de vivencias comunes. Esta literatura, ampliamente difundida en los estudios asociados a las



generaciones históricas en campos tales como los negocios, la publicidad o la comercialización, reconoce que es fundamental entender cuáles son los hechos históricos que afectan la subjetividad de los agentes sociales. Ese conjunto de sucesos es entendido como ESG (eventos significativos generacionales). Se trata de una serie de hechos históricos, procesos o sucesos de significación colectiva, que generan impactos con cierto grado de profundidad en los modos de pensar o de significar el mundo. En tanto que estos eventos se experimentan en ciertos momentos comunes del ciclo vital, se asume que afectan los modos de construcción de la subjetividad de los agentes sociales.

Un hecho de especial relevancia para el estudio de las generaciones históricas es considerar los modos compartidos de socialización, es decir, los procesos sociales mediante los cuales los agentes sociales interiorizan el mundo social objetivo. Según Berger y Luckmann (2003), la socialización de los diversos agentes sociales nunca es idéntica, en tanto que su participación en el mundo social se ve afectada por la división social del trabajo y la distribución social del conocimiento. De este modo, si bien todos los agentes sociales que forman parte de una misma generación ciertamente no tendrán los mismos componentes de su personalidad individual y social, es posible afirmar que contarán con elementos comunes, con ciertos modos compartidos de darle sentido al mundo del cual participan. Los modos comunes de significar el mundo (ciertas cosmovisiones compartidas) se manifiestan en prácticas semejantes, en actitudes similares y en un conjunto de actitudes símiles. Todo ello conduce, en consecuencia, a considerar que existe una fuerte vinculación entre las características psicológicas de los miembros de una misma generación, siempre que se asume que tales características se construyen a partir de un medio social específico.

Esta conceptualización de la generación histórica se ancla en el enfoque teórico específico del constructivismo social. Para esta perspectiva, la relación existente entre el mundo social objetivo (es decir, la "historia") y el mundo social subjetivo (es decir, la "biografía") es dialéctica. De esta manera, las relaciones entre la conformación de una identificación social construida sobre la base de un contexto sociohistórico particular se ven condicionadas por los ESG (eventos significativos generacionales), al mismo tiempo que la subjetividad de los agentes sociales configuran modos peculiares de acción e

interacción que afectan el curso de los sucesos históricos. Todo ello conduce a pensar que un elemento fundamental para reflexionar acerca de las generaciones históricas es el modo en que construye la identificación de los agentes sociales.

#### **4. LA IDENTIFICACIÓN GENERACIONAL COMO PROCESO SOCIAL**

La identificación es un proceso social constitutivo que se desenvuelve de manera constante y permanente en las vidas de las personas. Se conforma a partir de su participación en el mundo y como tal no acaba nunca. Por el contrario, frente a las nociones que entienden la identidad como una “posesión” del agente social, en esta publicación se considera lo contrario: la identificación (entendida como proceso) es un continuo que se construye de manera dialéctica a partir de la existencia de un mundo social objetivo que afecta de modo constante los modos de subjetivación y significación del agente social, al mismo tiempo que tales maneras de “dar sentido” al mundo afectan la configuración objetiva del mundo. Por tal motivo, es posible entender que *“la identidad es la capacidad humana, enraizada en el lenguaje, de saber quién es quién (y, en consecuencia, qué es qué). Esto involucra saber quiénes somos, saber quiénes son los otros, que los otros sepan quien somos, y que nosotros sepamos quienes ellos piensan quiénes son, y así sucesivamente: una clasificación o mapeo del mundo humano y nuestros lugares en él multidimensional, como individuos y como miembros de colectividades”* (Ashton et al, 2004; en Jenkins, 2008).

La identificación implica una operación de clasificación, es decir, la posibilidad de distinguir “esto” de “aquello”. Esta clasificación supone que todo proceso de identificación se encuentra anclado en un sistema jerárquico de valores que los agentes sociales ponen en juego cada vez que producen (y reproducen) los procesos clasificatorios (Jenkins, 2008). Esta jerarquización de la clasificación es el resultado de los mismos procesos interactivos que habilitan la identificación. Es decir, es un producto social. La complejidad del proceso de identificación es que los agentes sociales se encuentran diferenciados (e identificados) de distinta forma en distintos niveles: en un cierto nivel clasificatorio, el agente A y el agente B podrían estar diferenciados; mientras que en otro nivel no. En términos generacionales, es posible reconocer, entonces, que la diferenciación emergente a partir de compartir ciertos ESG no necesariamente implica

que los miembros de una misma generación histórica compartan de modo idéntico un conjunto de valores, creencias, actitudes y demás semejantes. Existen otros elementos de diferenciación social (tales como la posición en el sistema estratificacional, la ubicación en el clivaje urbano-rural, entre muchos otros posibles) que afectan los procesos de identificación y que permiten pensar en diferencias intra-generacionales. Asumir que todos los miembros de las generaciones históricas cuentan con atributos identificatorios idénticos es una generalización inadmisibles.

Asimismo, como todo proceso de identificación implica necesariamente la interacción, tal proceso habilita que se desarrollen distintas modalidades de relaciones sociales, promovidas por ciertos idearios e imaginarios comunes. Esto conduce a que los procesos de identificación pueden resultar de modalidades de interacción cooperativas, conflictivas, de competencia regulada, o incluso de cierta ambivalencia. En cierto sentido, el modo de actuar en el mundo se ve afectado a partir del modo en que nos presentamos frente a los demás en ese mundo, al tiempo que también por los modos de clasificación que los “otros” hacen con relación a “nosotros”. En los estudios generacionales permanentemente se hace referencia a las maneras de “hacer las cosas” diferentes que tienen las nuevas generaciones con relación a las previas. Poco interés ha tenido, por el contrario, reconocer qué elementos persisten de una generación a otra. Asimismo, en la mayoría de los estudios sobre las nuevas generaciones se asume una modalidad de diferenciación (y en virtud de ello, de configuración de la identificación) fundada exclusivamente sobre los modos de autoidentificación (es decir, como la generación histórica se percibe a sí misma) o bien de categorización (es decir, como las otras generaciones históricas perciben a las nuevas), sin realizar el esfuerzo de verificar la relación dialéctica entre ambas dimensiones del proceso social.

La teoría sociológica de la identidad (desde sus muy diferentes perspectivas teóricas) resulta compleja, en tanto que incorpora al análisis los procesos de identificación tanto individual como colectiva. De tal modo, no resulta suficiente pensar que cierta identificación grupal de un agente social (por ejemplo, su identificación generacional) podría conducir, de manera “irreflexiva”, a cierta pauta de comportamiento social con relación al orden jerárquico que sustenta la clasificación previa; por el contrario, en tanto fenómeno multidimensional, la identificación opera en todos los sentidos. Esto

significa que el criterio jerárquico que condicionan las actitudes e idearios de un agente social por su pertenencia a un colectivo social (generacional) no implica, necesariamente, que su comportamiento se oriente en el sentido que le propone tal clasificación; de modo concurrente, su identificación individual se entrelaza con otros criterios clasificatorios que pueden alterar los patrones de conducta si sólo se analizaran sus identificaciones generacionales.

Jenkins (2008) recupera la posición sociopsicológica de Tajfel (1981), quien sostiene que la membresía a un cierto grupo social (sea de carácter adscripto, tal como la generación histórico; o bien adquirido en el curso de la socialización) resulta suficiente en sí misma para generar identificación con los miembros del grupo, y en consecuencia, comportarse de manera diferenciadora contra aquellos que no pertenecen al mismo.

La cuestión no resulta sencilla de elucidar, en tanto que la definición de intereses se encuentra fuertemente vinculada a los modos de identificación de cada agente social. Pero al mismo tiempo, el modo en que cada agente social define sus propios intereses genera las condiciones posibles para que se produzcan procesos de identificaciones individuales y colectivas. En algún punto, es necesario reconocer que la idea de un agente social “desanclado” de las redes organizacionales o grupales a las que pudiera pertenecer resulta una falacia; de tal modo, la definición de intereses, tanto individuales como colectivos, se generan en una dialéctica entre la interacción del agente con otros miembros del grupo, con el grupo considerado como actor colectivo, y con sus pretensiones estrictamente individuales. Tal como es posible reconocer, la identificación no es un proceso que resulte sencillo aprehender.

Si es posible pensar en algo llamado “identidad”, es necesario reconocer que ella resulta de procesos de identificación, que implican clasificación, que los agentes sociales llevan adelante en procesos interactivos, y en virtud de ello, en el marco de grupos sociales de diversa índole. En este sentido, la identificación generacional se configura a partir del hecho objetivo de que cierto colectivo social comparte atributos socioculturales semejantes en virtud de compartir un mismo momento histórico. No obstante, tales procesos de identificación se verán modificados en tanto la propia percepción del agente social considere que él mismo pertenece o no a determinado grupo social. En

general, es posible reconocer como los miembros de una cierta generación histórica, frente a la pretensión generalizadora de reconocer cuáles son las características comunes de los miembros de una generación, rechazan tales atributos, en virtud de no autoidentificarse de tal modo. En términos más sencillos: si bien para cierta generación histórica pudieran existir elementos comunes entre sus miembros, muchas veces tales agentes sociales no se reconocen a partir de esos atributos asignados a su condición generacional. Por otro lado, en tanto que el comportamiento individual se encuentra atravesado por el cálculo instrumental, las instituciones sociales, los habituales y e incluso la contingencia, resultaría simplista considerar que la identificación determina sin más el comportamiento de los agentes sociales. Toda conducta individual se encuentra intersecada por estos factores complejos, que incluyen las respuestas emocionales a partir de las percepciones del otro, la evaluación de las condiciones y recursos disponibles, cosmovisiones y conocimientos del mundo, y mucho más. De tal modo, sin dudas la identificación grupal opera como un condicionante más en una plétora de condiciones que habilitan un proceso interactivo, pero lejos está de determinar la conducta individual (Jenkins, 2008).

Jenkins (2004) asume una posición interaccionista para responder al cuestionamiento sobre la importancia que asumen los agrupamientos sociales en la vida cotidiana de las personas (Brubaker, 2004). El primero de los motivos que arguye es que, en el decurso de la cotidianidad, los agentes sociales experimentan la pertenencia a pequeños grupos, desde la familia, el grupo de pares o la comunidad religiosa, como también advierten sus experiencias en agrupamientos mayores, tales como la clase social o la generación histórica. De modo tal que, siguiendo el argumento de Jenkins (2008), la existencia real de un grupo radica fundamentalmente en que sus miembros saben de su existencia y pertenencia, independientemente de los distintos modos que puede asumir tal membresía. De alguna manera, la conciencia de saberse parte de una generación histórica también afecta el modo en que se va a significar el mundo social objetivo. Con ello, es posible reconocer el hecho de que, si existen ciertas caracterizaciones acerca de cómo son los miembros de una generación, tales atributos identificatorios afecten en mayor o menor medida el modo en que los propios miembros de esa generación histórica se autoidentifiquen.

La capacidad cognitiva y perceptiva de los agentes sociales viene de la mano de lo que Jenkins denomina “categorización” (Jenkins, 2008). Toda categorización implica una autoidentificación, en tanto es la manifestación externa de la identificación. La categorización resulta fundamental para pensar el transcurso de la cotidianidad de los agentes sociales en el seno de los distintos agrupamientos generacionales a los que pertenecen, no sólo en términos objetivos, sino en términos de auto representación. La categorización reside en la capacidad de los agentes de rutinizar tales procesos de clasificación, de modo tal que afirma continuamente la identificación generacional. El modo en que un agente social se percibe a sí mismo se encuentra íntimamente vinculado al modo en que percibe a los demás. Lo mismo sucede en sentido contrario. Jenkins (2008) sostiene que el proceso de identificación resulta relevante en tanto que es el mecanismo cognitivo que, de manera reflexiva, utilizan los agentes sociales para clasificar a los demás, y clasificarse para sí mismos, tanto en términos individuales como colectivos. Es la capacidad de “ordenar” el mundo humano, a partir de la asignación de status-roles, y las significaciones y expectativas de comportamientos que se vinculan con ellos. En última instancia, la identificación resulta un proceso social constitutivo en tanto que habilita la vida social, sustenta un cierto “orden”, y permite, tal como afirman Berger y Luckmann (2003) la continuidad de la vida humana. Asimismo, Jenkins (2008) niega la posibilidad de que la identificación implique una determinación de los comportamientos sociales e individuales; más bien señala posibles caminos para la acción. De este modo, se rechaza la noción de fuerte impronta estructural-funcionalista que asume que los marcos socioculturales determinan modos de comportamiento social. Por el contrario, si bien la identificación, en términos general, condiciona el comportamiento social, de ningún modo lo determina en un cierto sentido.

Sin embargo, la identificación nunca es unidimensional: el agente social cuenta con diversas identificaciones concurrentes, y en cierta medida, con un menú bastante amplio de posibles cursos de acción que se habilitan a partir de la existencia de esas múltiples identificaciones sociales. De allí la imposibilidad metodológica de asumir que los comportamientos humanos serán de tal o cual modo a partir de las identificaciones sociales de los agentes; la relación entre identidad, poder e intereses (tanto individuales como colectivos) resulta en una compleja dialéctica que no resulta sencilla de

decodificar; incluso sería poco probable que así pudiera ser, en tanto todo ello se encuentra mediado por la contingencia del mundo social.

Jenkins (2008) asume también la noción de que la identificación implica principalmente la capacidad de clasificación de los “otros”; si bien la identidad puede pensarse en términos individuales, su significación sociológica es mayor cuando se aplica a la posibilidad que tienen todos los agentes humanos de asignar clasificaciones al resto de sus congéneres. De este modo, ello no implica que los procesos de autoidentificación no resulten significativos; sin embargo, en términos sociológicos, resulta más fecunda una reflexión empírica y teórica de la identificación que lleva adelante el agente social en su relación con otros.

La identificación social se encuentra sustentada sobre la existencia de la interacción humana. En dichos procesos interactivos existen intercambios simbólicos, es decir, significación y resignificación de sentidos que son construidos a partir de la propia interacción, en contextos o marcos que operan como condicionantes (o habilitantes) para su elaboración. De tal modo que la problemática de la identificación social pone en discusión una vieja disputa teórico-metodológica respecto de las vinculaciones existentes entre el individuo (sea conceptualizado como sujeto, actor social o agente) y la estructura social. Esas antinomias entre posiciones subjetivistas y objetivistas recuperadas por la tradición sociológica a lo largo de su desarrollo han sido bien explicadas por la generación de sociólogos herederos del constructivismo social (Giddens, 1997; Bourdieu, 1998). Sea cual fuese la “versión” del constructivismo asumida como legítima, o heurísticamente valiosa, es posible sostener que el constructivismo social, como paradigma epistemológico, resulta adecuado para contener un conjunto de reflexiones teóricas sobre procesos de conformación de significados y sentidos socialmente elaborados. En este sentido, la reflexión teórica sobre la identidad o la identificación asume especial relevancia en el marco de esta discusión epistemológica de mayor alcance.

La identificación, pues, supone la existencia de la interacción social, y en virtud de ello, la reflexividad del agente social, en tanto dador de sentidos y sujeto capaz de revisar (reflexivamente) los sentidos previamente construidos. Por tal motivo, Jenkins (2008)

sostiene toda identidad es social, en tanto que la identificación implica la circulación de sentidos, y por definición, los sentidos implican interacción social (en sus diversas modalidades: cooperación y conflicto, comunicación y negociación). Considerar la identidad como una “cosa” implica una reificación inaceptable del proceso de identificación. Jenkins afirma que *“la reificación descuidada de este tipo presta insuficiente atención en cómo la identificación trabaja o es hecha; a los procesos y la reflexividad, a la construcción social de la identidad en la interacción e institucionalmente. La identidad sólo puede ser entendida como un proceso de ser o llegar a ser...”* (Jenkins, 2008: 17).

A partir de estas nociones, Jenkins propone una definición sociológica de la identificación en los siguientes términos: *“la identidad denota los modos en los cuales los individuos y las colectividades son distinguidas en sus relaciones con otros individuos y colectividades; la identificación es el establecimiento y significación sistemáticos de relaciones de similitud y diferencia, entre individuos, entre colectividades, y entre individuos y colectividades; tomadas juntas, la similitud y la diferencia son los principios de identificación dinámicos, y se encuentran en el corazón del mundo humano”* (Jenkins, 2008: 18). En consecuencia, la identificación puede ser entendida como una síntesis de relaciones de similitudes y diferencias; en tanto implica la interacción como vehículo de tal síntesis, los resultados nunca son fijos o predeterminados; la identificación resulta, entonces, “negociable”, producto de acuerdos y desacuerdos que se suceden de modo inestable a lo largo del tiempo, y por ello, que no implican modos fijos de significación, sino más bien sumamente variables. Jenkins afirma que *“para insistir que la identidad no es fijada, inmutable o primordial, que es en última instancia sociocultural en sus orígenes, y que es algo negociable y flexible, es el lugar correcto para comenzar si queremos entender cómo la identificación trabaja”* (Jenkins, 2008: 22).

## **5. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIFICACIÓN GENERACIONAL**

Berger y Luckmann (2003) entienden que la identidad social se conforma como una dialéctica entre la realidad objetiva y la subjetivación de esta, y que, por medio de la concurrencia de la externalización, objetivación e internalización de la realidad, los agentes sociales conforman su identidad, tanto individual como colectiva. De manera



semejante, Jenkins (2008) adopta una posición similar, al asumir que, en el proceso de identificación, tanto la individualidad como los aspectos socialmente compartidos del agente deben ser considerados en igualdad de condición. También sostiene que las identificaciones individuales y colectivas se producen en la interacción, y que, por medio de ella, las mismas son producidas y reproducidas de modo constante, y por ello, la identidad no puede ser pensada como un “producto final”, sino como un proceso de negociaciones e intercambios simbólicos complejos en donde se ponen en juego dinámicas de poder, autoridad e intereses que deben ser analizados en forma conjunta. Estas ideas, fundacionales para el pensamiento constructivista, son sostenidas de manera independiente por distintas perspectivas teóricas, y el diferencial énfasis sostenido sobre los aspectos individuales o sociales conduce a una interpretación inadecuada del modo en que se producen los procesos de conformación de la identidad. Mientras en la psicología el “sentido común” indica que, en términos ontológicos, debe privilegiarse los aspectos individuales, en la sociología (y también la antropología social) se dispensa mayor interés al aspecto colectivo. Sin embargo, tal como señala Bauman (2003), la sociología es la disciplina que pretende conocer el mundo humano y la compleja red de interdependencias mutuas que se establecen entre los sujetos que lo conforman. De tal modo, sólo una perspectiva que pretenda colocar en pie de igualdad, en términos analíticos, los aspectos individuales de la personalidad junto con los aspectos colectivos socialmente elaborados pueden resultar fructífera para el estudio de la identificación.

En última instancia, tal como sugiriera Giddens (1998) en su modelo de la estructuración, el mundo humano (Bauman, 2003; Jenkins, 2002) supone o implica al menos tres niveles de análisis que deben ser considerados al momento de reflexionar teóricamente sobre los procesos de conformación de la identificación. El primero de ellos se relaciona con el orden del “individuo”, es decir, con los aspectos de la subjetividad encarnados en los sujetos individuales (lo que habitualmente se denomina el sistema de la personalidad o psiquis individual). El segundo orden es el de la “interacción”, en tanto que el mundo humano es un complejo entramado de relaciones sociales entre sujetos individuales (lo que habitualmente es llamado relaciones sociales, y constituye el basamento del pensamiento sociológico fundado en el individualismo metodológico). El último orden

es el de las “instituciones”, conformado por los modos tipificados y habitualizados de comportamiento social, por los patrones de organización y estructuración de las redes de interdependencia (lo que habitualmente se considera como el marco socio-normativo que ofrece “recetas sociales” o modos de hacer las cosas en “sociedad”).

La mirada constructivista, a diferencia de otras perspectivas teóricas, ofrece la posibilidad de analizar de modo simultáneo los tres órdenes, de modo tal de dar cuenta que manera unificada a un fenómeno de profunda complejidad. Implica, asimismo, asumir que los tres órdenes concurren en una misma realidad empírica y, por lo tanto, en un mismo espacio, tanto físico como intersubjetivo. El constructivismo social es incapaz de referir a un orden sin implicar los otros; asimismo, la noción de orden no refiere exclusivamente a la noción de que la “sociedad” implica un ordenamiento que permite su producción y reproducción, sino a la existencia de esquemas de clasificación que permite que el pensamiento sociológico pueda decir algo sobre tales órdenes.

En este sentido, la perspectiva constructivista es heredera de una serie de pensadores que han ejercido una enorme influencia en su elaboración final. Sin dudas, en la problemática de la identificación, el pensador fundacional es George Mead, quien fuera uno de los primeros que intentara establecer las relaciones existentes entre los órdenes previamente indicados. Otras influencias significativas sobre el constructivismo social provienen del pensamiento de Georg Simmel o ciertas corrientes de la escuela crítica. Sea como fuese, el constructivismo social conforma un cuerpo acabado de conceptos teóricos y una mirada particular sobre el “mundo humano” a partir de las propuestas teóricas de Berger y Luckmann (2003), Anthony Giddens (1998), Pierre Bourdieu (1993) y Richard Jenkins (2002).

El orden del “individuo” se vincula con el aspecto subjetivo del sujeto humano. La identificación individual, encarnada en un sujeto, no es más que el resultado de un proceso socialmente construido. Si bien es cierto que los individuos son únicos e irrepetibles, también es correcto afirmar que su subjetividad está conformada (en constante transformación) a partir de la socialización, es decir, de la interacción con otros. Tal como sostienen Berger y Luckmann (2003), la socialización es el proceso ontogenético de inducción amplia y coherente al mundo social objetivo, o al menos, a

una parte de él; de tal modo, toda socialización implica la conformación del ser subjetivo, y en tanto que la misma es un proceso constante durante la toda la vida del individuo, sería correcto afirmar que la “individualidad” o ser subjetivo individual se encuentra en constante producción y reproducción. Esta concepción de la definición del ser (y de los otros) por medio de la interacción debe mucho a las formulaciones teóricas de los pensadores del pragmatismo norteamericano, especialmente George Mead (1934) y Charles Cooley (1962).

Mead (1934) ha realizado la importante distinción entre el concepto del yo (“I”, en inglés), para referirse al momento de la individualidad única, y el yo mismo (“me”, en inglés), para denotar la internalización de las actitudes de los otros significantes). Esta distinción analítica pretende señalar la dialéctica del proceso de identificación, por medio de la cual es posible explicar tanto la constitución de la identificación individual como la colectiva. Para Mead, la individualidad es la síntesis de una autodefinición anclada en el yo, junto con las definiciones que los otros significantes ofrecen sobre uno mismo. La identificación, por ende, es la síntesis dialéctica de la individualidad subjetiva y la apreciación que de uno mismo hacen los demás, los otros significantes, que se torna significativa para sí mismo. La idea luego es recuperada por Charles Cooley (1962), al referir a la noción del “yo espejo”. Para Cooley, la identidad se conformaba no de modo exclusivo por la propia subjetividad del actor (como yo me considero a mí mismo), sino que dicha subjetividad se veía afectada por la apreciación de los otros, y especialmente, por el modo en que el propio actor se veía “reflejado” en la significación de los otros. Es decir, la identidad no sólo se ancla en una apreciación meramente individual, sino que es social, en tanto que dicha significación subjetiva se ve influida por la imagen de mí mismo que yo entiendo o significo que tienen los demás de mí.

Por su parte, Jenkins (2008) sostiene, sobre el modelo de Mead, que la subjetividad es procesual, es decir, resultado de la interacción, y por ello sería un error considerarla como una propiedad exclusivamente individual. De igual modo que Mead, afirma que la identificación implica que la mirada que tiene uno sobre sí mismo no puede ser pensada sin la mirada que uno mismo tiene de la mirada de los demás. Es decir, lo individual y lo colectivo se encuentran en un continuo que no puede ser pensado uno sin el otro.

Mead (1934) afirma también un elemento sumamente significativo, pero muchas veces no considerado en las teorías sobre la identificación: la subjetividad y la individualidad se encuentran encarnadas en cuerpos. Si bien pareciera una obviedad que la identificación se encuentra corporizada, resulta fundamental para considerar la conformación de la identidad colectiva en tanto que *“el cuerpo humano es simultáneamente un referente de continuidad individual, un índice de similitud y diferenciación colectiva, y un lienzo sobre el cual la identificación puede operar. La identificación en aislamiento de la corporización es inimaginable”* (Jenkins, 2008: 57).

Berger y Luckmann (2003), por otro lado, sostienen que la formación de la identidad individual se encuentra en los primeros momentos de la socialización. En este sentido, la socialización primaria es fundamental en la conformación de las bases de subjetividad sobre la cual luego se anclarán los sentidos y significados adquiridos, internalizados y resignificados durante el resto de la vida. Los desarrollos de la psicología infantil y la sociología de la infancia han reconocido que los procesos de identificación desarrollados en la etapa primaria de socialización (individualidad, género, incluso etnicidad) conforman *“identidades primarias”*, y en virtud de ello, más poderosas y menos propensas a sufrir modificaciones en el decurso de la socialización secundaria, a diferencia de otras identidades. Esto no significa que tales identidades operen como sello indeleble; todas las identificaciones están sujetas a mutaciones y transformaciones. Sin embargo, Jenkins (2008) afirma que algunas son más proclives a ser objeto de transformación que otras.

La identificación, en tanto proceso, implica la existencia de una dialéctica social que vincula la individualidad con la colectividad. Tal como afirmara Mead (1934), para reflexionar sobre la identidad resulta tan importante comprender lo que los demás piensan de nosotros como lo que nosotros pensamos de nosotros mismos. En este sentido, la interacción desempeña un rol fundamental en los procesos de conformación de la identificación. Recuérdese la fundamental obra del sociólogo canadiense Erving Goffman (1969), quien reflexiona sobre la importancia que asume *“la presentación de la persona en la vida cotidiana”*. Con ello, Goffman advierte que la identificación nunca es unilateral; por el contrario, es relacional. En este sentido, Jenkins (2008), parafraseando a Goffman, afirma que: *“si bien las personas tienen (algún) control sobre*

*las señales sobre ellos mismos que envían a otros, estamos en absoluta desventaja, en tanto que no podemos asegurar ni su “correcta” recepción o interpretación, o saber con certeza cómo son recibidas o interpretadas” (Jenkins, 2008: 59).*

De allí que Goffman refiera a lo que denomina estrategias de impresión en los procesos interactivos de la construcción de la identidad. Para el enfoque dramático goffmaniano, estas estrategias operan como interfaces entre la autoimagen y la imagen pública, es decir, la imagen que uno proyecta sobre los demás, montando una dramatización en términos performativos. De este modo, la conformación de la identidad se rutiniza en la interacción cotidiana, en la presentación del yo público que todos los actores llevan a cabo en sus interacciones de la vida de todos los días. La noción del yo público implica que la conformación de la identidad no es “aséptica”, es decir, carente de intereses que el yo privado pueda manifestar en esa “puesta en escena”. Los individuos, señala Goffman (1969) tienen intereses y se proponen objetivos que persiguen de manera consciente; la presentación del yo público se construye de modo tal que esos intereses (ese querer ser visto por los demás de determinado modo) sean alcanzados. En tal sentido, la identidad tiene un fuerte componente de improvisación.

Bourdieu (1990) también se ha preocupado por la construcción de la identidad desde una perspectiva constructivista. Para ello desarrolla el concepto de habitus, entendido como el conjunto de disposiciones para la acción que se encuentra internalizado en la subjetividad del agente, y en virtud de ello, conforma pautas de cognición, percepción y volición. El sociólogo y antropólogo francés entiende que el habitus opera de manera consciente o inconsciente; sea de un modo u otro, Bourdieu entiende que el habitus se produce y reproduce en la interacción.

Existen diversas versiones del constructivismo social tanto en el campo de la Sociología como de otras disciplinas sociales. Probablemente, la propuesta teórica fundacional provenga de los aportes teórico-conceptuales de Berger y Luckmann (2003).

En 1963, Peter Berger y Thomas Luckmann publican una obra que será fundamental para el desarrollo del paradigma constructivista en Ciencias Sociales. “La construcción social de la realidad” se conformó en una obra que suscitó intensos debates en el campo de la sociología y otras disciplinas, al afirmar que aquello que llamamos “realidad” y que se

manifiesta para los actores sociales como “vida cotidiana” era un conjunto de significaciones o sentidos socialmente construidos en los procesos de interacción social, y que conformaban un cierto orden social. Para ello, proponen un análisis fenomenológico de lo social, anclado en la perspectiva de Alfred Schutz, y recuperan la tradición comprensivista o interpretativa de la sociología weberiana. El punto fundamental de la propuesta explicativa de Berger y Luckmann (2003)<sup>1</sup> consiste en comprender a la subjetividad de los actores como un fenómeno que manifiesta la existencia de un universo simbólico conformado por sentidos sociales construidos de manera colectiva a partir de procesos interactivos. Sin embargo, la concepción dialéctica de la construcción social de la realidad nuevamente no debe conducir al error de considerar los “momentos” como secuencia temporal; por el contrario, sólo son señalados de tal modo en términos estrictamente analíticos. No existe secuenciación alguna en la conformación dialéctica de lo social, sino concurrencia y simultaneidad. Lo social sólo es posible de ser pensado en términos de intersubjetividad, es decir, en término de un encuentro, real o virtual, de subjetividades individuales ancladas en un tiempo-espacio, por medio del cual conforman su conciencia del mundo, desde su propia perspectiva, pero “influenciada” por la existencia del otro. La conformación de la intersubjetividad no se reduce a los contextos específicos de la co-presencia; se encuentra presente en todas las dimensiones de la vida social, incluso en la que asume un carácter histórico y perdurable: el orden institucional.

Los actores sociales concretos, dicen Berger y Luckmann (2003), tienen un conocimiento de la vida cotidiana. Dicho conocimiento implica que esa vida se presenta como una realidad, como un conjunto de significados subjetivos que adquiere un orden coherente, si bien dicho orden no requiere el conocimiento específico por parte de los agentes de un saber experto. La vida cotidiana compele a los agentes sociales a conformar su subjetividad en términos de la existencia de este “orden”, entendido en una dialéctica con otras subjetividades, ancladas en otros actores sociales, sean individuales o colectivos. La subjetividad de cada actor se encuentra vinculada al ejercicio de su propia conciencia, de modo tal que el mismo objeto al cual dirigen su pretensión de conocimiento puede generar un impacto en su subjetividad “distinto”. Es decir, no todos

---

<sup>1</sup> Si bien la obra fue escrita en 1963, aquí se referencia a la publicación en castellano que hiciera la editorial Siglo XXI en el año 2003.

los actores sociales significan de igual modo el mundo en su condición estrictamente “material”; de hecho, Berger y Luckmann (2003) sostendrán que tal comprensión del mundo simplemente no puede ser conseguida, en tanto que el “mundo” debe ser entendido como un entramado complejo de significaciones, tanto compartidas como en constante disputa.

La realidad se le presenta al actor en dos dimensiones concretas: tanto objetiva como subjetiva. La realidad objetiva es aquella que conoce como existencia externa a su vida cotidiana. Puede obtener información de ella y de hecho es objeto de un conocimiento por medio de saberes de distinto orden y complejidad. Por otro lado, existe una realidad subjetiva, que conforma parte de la vida cotidiana del actor y que, en virtud de ello, se encuentra en el curso de sus interacciones cotidiana, del día a día. Esa realidad, afirman Berger y Luckmann (2003) es la realidad de la vida cotidiana, y se le presenta al agente social como la “suprema realidad”.

La realidad de la vida cotidiana se organiza en torno a las dimensiones espacio-tiempo. Para el agente social que transcurre su vida, la realidad se le presenta en torno al “aquí” y el “ahora”. Por tal motivo, afirman Berger y Luckmann (2003) que el agente vive su realidad cotidiana con diferentes grados de proximidad (o alejamiento), tanto espacial como temporalmente, en términos de su conciencia y de lo vivido o experimentado como realidad. Por tal motivo, el mundo se le presenta al agente con distintos grados no sólo de conocimiento, sino también de manipulación y control. La vida cotidiana conforma el aspecto del “mundo” que no sólo es accesible por medio de la conciencia próxima, sino también porque es objeto de control del agente social. Existe un mundo más vasto y extenso, el cual también puede ser conocido, pero ya no como experiencia vitalmente anclada, sino como realidad objetiva. Mientras el mundo de la vida cotidiana es subjetivado por el actor social, el mundo extenso es experimentado como objeto.

El constructivismo social de Berger y Luckmann (2003) refuerza la noción de que el mundo de la vida cotidiana es intersubjetivo, es decir, es construido a partir de la existencia de otros sujetos conscientes con los cuales se comparte el mundo. Los “otros” también comparten las objetivaciones del mundo, y en gran medida, las actitudes del actor social se encuentran orientadas hacia el modo que su subjetividad le señala, al

mismo tiempo que los “otros” no son considerados meras objetivaciones del mundo, sino son entendidos como otras subjetividades que también participan del mundo, en el “aquí y ahora” que implica la co-presencia. Sin embargo, el actor social entiende que las significaciones del mundo que tienen los “otros” no es necesariamente idéntica a las propias, si bien pueden ser compartidas. Es decir, existe una cierta correspondencia de continuidad entre los significados del mundo propios del actor social y aquellos significados del mundo que tienen los “otros”.

Esto resulta fundamental para comprender el modo en que se construyen las identificaciones generacionales. En tanto y en cuanto los agentes sociales comparten, de hecho, momentos comunes de inserción en el mundo social objetivo, es esperable que compartan también modos semejantes de significarlo. No obstante, que el hecho de que sean semejantes no implica necesariamente que sean idénticos. De este modo, la realidad del mundo se presenta como una realidad común a todos los agentes que participan y se involucran en ese mundo. La noción fundamental que incorporan Berger y Luckmann es la idea de un “mundo común”, lo cual no implica necesariamente “idéntico” para todo el conjunto de actores sociales que, en términos de intersubjetividad, otorgan significados al mundo. Con ello, es posible afirmar que el mundo es un espacio de significaciones en disputas y negociaciones permanentes. Entre dichas significaciones en disputa o negociación, sin lugar a duda se encuentra también la identificación (Jenkins, 2008). No obstante, en tanto el mundo se presenta como una realidad objetivada, implica que las negociaciones, luchas y conflictos, al igual que los acuerdos y consensos, derivan en la posibilidad de una conformación intersubjetiva que permite la integración social de agentes sociales de diversos tipos y conciencia. Por decirlo de algún modo, el “mundo” se conforma como un “mundo ordenado”, lo que implica la integración social de los agentes sociales que disputan sus distintas significaciones o sentidos en el campo de la intersubjetividad. En esas disputas, claro está, se involucran otros elementos identitarios más allá del meramente generacional. En tanto la identificación implica elementos de distinción de “unos” con relación a “otros”, los miembros de una misma generación histórica verán afectadas sus identificaciones a partir de otros criterios que operen como “diferenciadores”, sean estos su género, su posición estratificacional o cualquier otro.



El “orden” del mundo permite que los actores sociales puedan desenvolverse con naturalidad en él; en consecuencia, habilita la interacción social. Los agentes sociales entienden que el mundo se ordena en torno a significaciones que resultan “significativas” para ellos. La comprensión del mundo como un “orden” supone cierta rutinización de las prácticas sociales, de modo tal que, frente a un cambio, la continuidad de las prácticas se ve interrumpida, lo que exige que el actor social “aprenda” nuevas formas de incorporación de ese mundo, nuevas maneras de subjetivación que le permitan desenvolverse en él. Berger y Luckmann (2003) advierte, en consecuencia, que el mundo no es una realidad construida de una vez para siempre, sino más bien el resultado complejo de constantes significaciones que alteran o modifican su continuidad. El mundo de la vida cotidiana, el cual es experimentado por los agentes como una realidad “objetiva”, es objeto de cambio, y sólo por medio del uso de la conciencia, los agentes son capaces de resignificarlo en contextos de cambio. La resignificación del mundo implica la necesidad de conformarlo como un “mundo ordenado”, un mundo en donde la rutinización de las prácticas cotidianas les permita a los agentes sociales desenvolverse en ese mundo con cierta practicidad. Esto se torna particularmente importante en los contextos sociales contemporáneos, caracterizados por la celeridad del cambio social.

Al igual que Jenkins (2008), quien resaltaba la importancia de la dimensión espacio-tiempo para comprender los procesos de identificación, Berger y Luckmann, en su texto fundacional de la perspectiva constructivista, señalan que el mundo de la vida cotidiana se encuentra “anclado” en las dimensiones espacio-temporal. El espacio resulta una dimensión fundamental de la conformación del mundo como realidad objetiva, si bien es cierto, tal como señalan Berger y Luckmann (2003), que el espacio asume una condición periférica en la conformación subjetiva del actor social sobre ese mundo. Es un aspecto “dado” del mundo. Toda subjetividad se encarna en un cuerpo, y no es posible pensar la intersubjetividad sin considerar que el mundo humano es compartido por otros “cuerpos”. De modo tal que el mundo social exige la existencia de aspectos físicos que sustenten el proceso de construcción de lo social; sin embargo, los aspectos físicos del mundo social son significados por los actores en la intersubjetividad, de modo tal que incluso aquellos son objeto de resignificación; por decirlo de alguna manera, los

aspectos estrictamente físicos del “mundo” se convierten en “sociales”, en tanto que también son asignados con sentidos o significaciones subjetivamente elaboradas en los procesos interactivos con “otros”.

A su vez, la dimensión temporal resulta fundamental para pensar el modo en el cual se construye el mundo social. Los actores sociales cuentan con un “tiempo”, el cual es propio y se pone en juego en la intersubjetividad. No obstante, los actores sociales advierten, en su conciencia, la existencia de un tiempo externo, una “historia” de la cual conforman parte y que incide en la conformación de su tiempo interno. El tiempo, sin dudas, es un factor primordial de la conformación social del mundo social objetivo (y subjetivo).

La importancia del tiempo en la construcción social del mundo de la vida cotidiana se advierte en dos niveles: por un lado, por la conciencia del agente de que su “tiempo interno” (intersubjetivo) es limitado, y admite un final el cual, si bien no es calculable previamente, es conocido. El agente no sabe cuándo va a morir, pero sabe que lo va a hacer en determinado momento. El tiempo, en consecuencia, se le presenta como una secuencia diacrónica de sucesos o eventos. El segundo nivel se vincula con la conciencia que tiene el agente de su inserción en un tiempo “externo” a su conciencia intersubjetiva, es decir, con la existencia de una “historia” que opera como marco referencial para el desarrollo de la propia subjetividad. Tal como afirmaba C. Wright Mills, la propia biografía se encuadra en una historia que “impone” ciertos fenómenos como referenciales a la propia conciencia.

La reflexión acerca del “tiempo externo” en torno a la construcción de las identificaciones generacionales resulta fundamental. Allí es posible reconocer la importancia que asumen los ESG (eventos significativos generacionales) al momento de conformar la subjetividad individual de los agentes sociales. Todos los agentes significan el mundo objetivo por su entendimiento del “tiempo externo”. Ya se ha explicado previamente que tal modo de significación no necesariamente es idéntico entre todos los agentes sociales que comparten un mismo tiempo histórico. No obstante, en tanto los sentidos sociales acerca del “mundo” se encuentran configurados espacial y

temporalmente, es esperable que ciertos modos de significación sean semejantes entre aquellos agentes que comparten un mismo tiempo histórico.

El mundo de la vida cotidiana se construye a partir de la interacción (Berger y Luckmann, 2003). La interacción puede llevarse a cabo en situación de co-presencia, o bien de manera remota. Sin embargo, la relación “cara a cara” es la experiencia más importante con la que cuenta el actor social, en tanto implica una toma de conciencia de la existencia del otro, de un mundo social compartido por otros sujetos, en el “aquí y ahora”. La conciencia de la subjetividad del otro se manifiesta por una serie de fenómenos que resultan objeto de interpretación por el actor social y que operan como “modificadores” de la propia subjetividad. Por ello, la interacción de la vida cotidiana resulta más “significativa” en las relaciones cara-cara que en aquellas que se pueden establecer de manera remota o “virtual”, en tanto que no existen esas influencias que operan como resignificaciones de la propia subjetividad. En la interacción se ponen en juego un portfolio de significaciones subjetivadas en el actor, pero que necesariamente implican una resignificación al ser “aplicadas” sobre la existencia real del “otro” implicado en la relación social. Al mismo tiempo, la existencia del “otro” implica una asignación de sentidos en tanto que “el otro” puede ser parecido o distinto a mí. En términos de la conformación de la identidad, Jenkins (2008) sostiene que la identificación, entendida como proceso, se disputa en la interacción con los otros.

Todo actor social, sostienen Berger y Luckmann (2003), cuentan con ciertas tipificaciones del “otro”, lo que le permite actuar e interactuar con cierta facilidad. La tipificación resulta fundamental para pensar el modo en el cual el mundo social es construido a partir del entramado de significaciones compartidas. Sin ellas, no habría posibilidad de “adaptación” a las significaciones de los demás, lo cual conllevaría a un contexto de desintegración social. Sin embargo, las tipificaciones no son asignaciones rígidas de sentido, sino más bien “tipos” que son resignificados constantemente en el curso del desarrollo de la vida cotidiana. Lo mismo sucede con la identidad; Jenkins (2008) resalta la importancia que asume la tipificación en los procesos de identificación que operan por medio de las interacciones sociales entre agentes conscientes.

Las tipificaciones operan como modelos “típicos ideales” del otro y de su propia conciencia, y en virtud de ello, de los modos de significación del mundo que se espera tengan. Sin embargo, las tipificaciones son objeto de resignificación en el curso de la interacción, de modo tal que no son rígidas, sino que se encuentran en permanente fluctuación. La tipificación es una operación mutua, de modo tal que todos los actores sociales involucrados en la interacción se orientan en sus conductas siguiendo modelos tipificadores del “otro”, y en la propia interacción, tales modelos son objeto de constante resignificación. En tanto que la tipificación se encuentra anclada en la propia conciencia subjetiva del actor, es previa al conocimiento intersubjetivo del otro. Por ello, afirman Berger y Luckmann, el conocimiento del otro en las relaciones de interacción se dan en un doble sentido: por un lado, el otro es un “tipo social objetivado”, construido previamente y anclado en la subjetividad del agente social; por otro lado, el “otro” se me presenta como un sujeto consciente subjetivo, y en virtud de ello, se pone en acto la construcción intersubjetiva de la realidad. El conocimiento objetivo del otro (su tipificación) implica la posibilidad de conocer las expectativas de rol del “otro”, independientemente de lo que suceda en el “aquí y ahora”. De este modo, para el actor social consciente de su propia subjetividad, las tipificaciones operan como un continuo, que le permiten “construir” el mundo como un conjunto de tipificaciones sociales, independientes de la realidad intersubjetiva a la que luego las someterá. Sin embargo, en la interacción social “cara a cara”, las tipificaciones son objeto de resignificación: en el “aquí y ahora” ciertas consideraciones que el actor social pudiera tener sobre los “tipos sociales” internalizados en su subjetividad, son objeto de valoración subjetiva. De este modo, la interacción implica que, debido al conocimiento más profundo de la subjetividad del otro, las tipificaciones, especialmente las expectativas de rol implicadas en ellas sean objeto de resignificación.

Tal como entienden Berger y Luckmann (2003) la construcción social de la realidad, la tipificación de roles sociales viene acompañada de la habituación. El origen de la institucionalización se debe ubicar, entonces en la tipificación y habituación de roles sociales específicos, que operan como “facilitadores” para llevar adelante los procesos de acción e interacción social. El ser humano tiende a la habituación como pauta de economía para la realización de sus actividades en el mundo de la vida cotidiana. Facilita

la interacción en tanto implica una internalización de significados que permiten la definición de la situación social en la cual se inscribe la interacción. La habituación de ciertos comportamientos le permite al actor social “ahorrar” tiempo, recursos y energía en la necesidad de interpretar cada contexto social en el cual se inscribe su interacción. En última instancia, la habituación implica la asignación de sentidos con cierto grado de fijeza (si bien ya es sabido que los mismos son objeto de resignificación en la interacción, en el “aquí y ahora”).

Berger y Luckmann (2003) sostienen que las instituciones son, en última medida, un conjunto de tipificaciones recíprocas de acciones sociales habitualizadas. El orden institucional es el conjunto de tales tipificaciones y habituaciones, según el orden de la interacción en el cual se desarrollan. Las instituciones implican correspondencia entre las tipificaciones (de rol, de expectativas de roles) y las habituaciones (de comportamientos o conductas significativas). El orden institucional implica historicidad, en tanto que el conjunto de las instituciones son el resultado de un proceso de tipificación y habituación que ha logrado perdurar en el tiempo, y operar como marco referencial para las significaciones propias del actor social en el “aquí y ahora”. Por otro lado, las instituciones, en tanto que se encuentran a nivel de la subjetividad del actor, operan como mecanismo de control social. Es decir, señalan pautas adecuadas de comportamiento social en determinados contextos o situaciones. No exigen la existencia de mecanismos externos (si bien existen) de control, en tanto que las mismas operan a nivel de la subjetividad del actor. Señalan modos socialmente aceptados de conducta, y por ello, canalizan la misma de modo tal que la interacción social sea posible. Berger y Luckmann (2003) señalan el modo en el que la institucionalización se produce como proceso, partiendo de la interacción social en el “aquí y ahora” hasta la conformación de un marco referencial que operará como condicionante (y habilitante, siguiendo a Giddens (1984)) de nuevas y futuras interacciones sociales.

La cristalización del orden institucional convoca a los agentes sociales a entender que el mismo forma parte de un marco referencial que se enmarca en el contexto histórico de su “aquí y ahora”. Las instituciones, por ende, son históricas, en tanto que deben ser (y lo son) transmitidas de generación en generación, por medio de la socialización. Para el conjunto de los actores sociales, las instituciones forman parte de un mundo social

objetivado, en tanto que no son el “resultado” de su interacción “cara-cara”, sino que forman parte de un marco referencial el cual es aprehendido (y aprendido) a lo largo de su vida. La objetividad del mundo social también está conformada por el orden institucional.

Berger y Luckmann (2003) explican, entonces, que el mundo social se le presenta al actor como una realidad subjetiva y objetiva a la vez. Lo social sólo puede ser entendido como una dialéctica. El modo de conocimiento del mundo social que tienen los actores puede ser entendido, en términos analíticos, en términos de tres procesos concurrentes y simultáneos: la externalización, la objetivación y la internalización. La externalización advierte sobre la capacidad del hombre de crear su mundo social: la realidad es construcción humana, en tanto que es “resultado” de la interacción social. Esa realidad se constituye como realidad objetiva, es decir, como una existencia independiente de los actores sociales que, por medio de la interacción, le han dado existencia. El mundo social se le presenta al hombre como un mundo que “está fuera” de sí, como un objeto. Sin embargo, en la interacción social el mundo social objetivo se internaliza, se vuelve significativo para el actor social, de modo tal que sólo cuando el mismo es aprehendido de modo subjetivo puede operar como “significante” de la acción y la interacción social. De este modo, el mundo social es resultado de un proceso dialéctico de construcción, en donde la significación asume un rol preponderante en el entendimiento de este. La subjetividad de los actores sociales no es algo exclusivo ni “natural” de los ellos, sino también objeto de construcción en la intersubjetividad con los “otros”.

La conformación del mundo social implica la existencia de una sedimentación de objetivaciones previamente construidas. La exteriorización del mundo implica la posibilidad de objetivación de este. Sólo aquello que se encuentra sedimentado, dirán Berger y Luckmann (2003) es objeto de una memoria intersubjetiva, lo que comporta en última instancia la posibilidad de los agentes sociales de comprender que existe una biografía común con otros. Esto implica, en consecuencia, el entendimiento de una “conciencia generacional”, en tanto el agente social se reconoce como parte de un colectivo social más amplio al cual pertenece. El conjunto de elementos socioculturales que se encuentra objetivado y sedimentado es objeto de transmisión intergeneracional. Para que ese mundo social sedimentado pueda resultar significativo para los agentes

sociales, es necesario que el mismo sea internalizado, tornado significativo. La socialización, por ende, es el opuesto dialéctico de la institucionalización. Sólo por medio de la socialización el mundo social objetivo se vuelve significativo (subjetivo) para los actores sociales. Sin embargo, la posibilidad de comprensión del “mundo” que tienen los agentes sociales siempre es limitada, en principio por su posición en la división social del trabajo, es decir, en los distintos roles (y tipificaciones de roles) que asumen en su vida cotidiana, y por la distribución social del conocimiento. Resulta imposible para un agente social “conocer” la totalidad del mundo social objetivo, en principio porque gran parte de ese mundo nunca se conformará como realidad subjetiva por medio de la experiencia vital que supone poner en acto la intersubjetividad con los “otros” implicados en la interacción. Por otro lado, la posibilidad de un conocimiento “externo” u objetivo del mundo también se encuentra condicionada por las tipificaciones de rol del cual todo actor social es objeto en virtud de su posición ocupada dentro del orden institucional.

El orden institucional requiere, además de sedimentación, de legitimación (Berger y Luckmann, 2003). Existen distintos tipos o niveles de legitimación. Tal vez el más significativo para comprender el carácter constructivo del orden social sea la conformación de universos simbólicos. Este tipo de legitimación es de orden abstracto, y generalmente, se afirma, no requiere referencia a los aspectos de experiencia de la vida cotidiana. La legitimación simbólica supone la integración de un conjunto de valoraciones sociales construidas que operan como marco referencial de las conductas en la intersubjetividad. El universo simbólico, en última instancia, es el que permite pensar al mundo como un “orden”. Ofrece un marco de temporalidad necesario para ubicar los fenómenos históricos en un continuo. Asimismo, ofrecen el marco referencial desde el cual las prácticas sociales individuales serán significadas y resignificadas en la interacción. De algún modo, el universo simbólico conforma la “historia” desde la cual la “biografía” será significada, dotada de ciertos sentidos subjetivos.

Berger y Luckmann (2003) explican que la realidad objetiva se convierte en subjetiva cuando los actores sociales pueden internalizarla, es decir, anclar en su propia conciencia y subjetividad aspectos del mundo social que se les presenta como externos u objetivos. Por ello, la construcción social de la realidad implica la necesidad de

internalización del mundo social objetivo. Esta internalización sólo puede ser llevada a cabo por un proceso social conocido como socialización. La teoría de la socialización propuesta por Berger y Luckmann (2003) resulta un clásico en el campo de la sociología, y es heredera de una cantidad de conceptos y elaboraciones propias de la sociología fundacional norteamericana, especialmente de George Mead y Charles Cooley.

Señalan Berger y Luckmann (2003) que el punto de partida de la socialización es la internalización. En el proceso dialéctico de construcción del mundo social, el actor realiza una aprehensión inmediata de un aspecto objetivo del mundo que se torna significativo para él. El mundo social objetivo (para el actor) se torna subjetivo. La socialización implica, pues, el proceso iniciado desde el mismo momento del nacimiento por el cual el agente social torna significativo el mundo social. La socialización puede ser diferenciada en dos momentos, según los modos de internalización del mundo social y los agentes que operan como mediadores entre ese mundo social objetivado y la internalización subjetiva que realiza el actor social. La primera etapa de la socialización (llamada primaria) se encuentra mediada por agentes socializadores con fuerte carga emotiva. En general, son los llamados “primeros cuidadores” (Giddens, 1998). El proceso de cognición del mundo del niño se encuentra anclado principalmente en las sensaciones. Durante la etapa primaria de la socialización se produce la identificación, la cual siempre es relacional. La identificación se da en torno a la toma de conciencia del niño de la existencia de “otros significantes”, aquellos encargados de transmitirles los sentidos o significados del mundo que lo rodea. En ese proceso de mediación, sin embargo, existe constante resignificación a partir de la propia subjetividad del agente que internaliza el mundo objetivo. Durante la socialización primaria, señalan Berger y Luckmann (2003) se produce un creciente proceso de abstracción de roles y actitudes. De tal modo, los roles y actitudes de los “otros significantes” se abstraen a nivel de la conciencia del niño, de modo tal que el mismo es capaz de comprender que “muchos otros” (no necesariamente sus primeros cuidadores) pueden asumir roles y actitudes similares. La abstracción de roles y actitudes implica tipificación y habitualización de comportamientos. De tal modo, el niño conforma su yo social en cuanto es capaz de comprender, a nivel de la conciencia, la existencia de un “otro generalizado”, es decir, la tipificación y habitualización de comportamientos, significaciones y actitudes de



“muchos otros” que no conforman parte de su círculo íntimo, que opera como mediación entre su subjetividad y el mundo social objetivo.

Con la conformación del yo social, es decir, la comprensión a nivel consciente de la existencia del otro generalizado, el agente social se encuentra en condiciones de actuar en interactuar en el conjunto del orden institucional. El orden institucional también operará como agente de socialización, por medio de funcionarios institucionales, es decir, actores sociales que desempeñan sus conductas en torno a las tipificaciones y habituaciones de rol que implica la institucionalización. De tal modo, la incorporación del agente social en el mundo institucional implica, al mismo tiempo, la socialización en nuevos “sectores” de la sociedad. La llamada socialización secundaria se desarrolla durante toda la vida del agente social, e implica constantes procesos de resocialización, es decir, de resignificación de contenidos aprehendidos y significados durante la vida del actor social.

En tanto proceso dinámico, la internalización de los “submundos institucionales” puede conllevar a conflictos de coherencia entre los contenidos socioculturales internalizados en las primeras etapas de la socialización, y aquellos que son incorporados durante el resto de la vida del agente social.

Berger y Luckmann (2003) advierten sobre la posibilidad de una alternación, es decir, un proceso de resocialización extremo donde las significaciones aprendidas durante la niñez, y que conforman la base de la subjetividad del agente pueden ser objeto de resignificación. En general, señalan, la alternación opera por medio del adoctrinamiento, en donde los agentes socializadores secundarios exigen la revisión de los elementos constitutivos de la subjetividad y los resignifican, ofreciendo entonces una comprensión alternativa del mundo social objetivo.

En conclusión, la identificación generacional es un tipo más, de los muchos posibles, en que puede pensarse la construcción social de la identidad. No implica ello que opere exclusivamente como pauta identificatoria; por el contrario, ya resulta claro a partir de los desarrollos previos, que las generaciones históricas cuentan con atributos propios y específicos, pero que al mismo tiempo deben ser problematizados en virtud de su solapamiento con otros criterios identificatorios. No obstante, es posible reconocer que

los miembros de una misma generación histórica comparten modos comunes de significar el mundo social, y en virtud de ello, de comportarse en él. Si se reconoce como válida la noción de que cierto momento histórico conforma un mundo social objetivo que es posible de ser delimitado (y con ello, caracterizado), la conclusión necesaria a la que conduce la perspectiva constructivista es a considerar que ese recorte espaciotemporal condiciona los modos de subjetivación del mundo social objetivo. Con ello, se puede afirmar, entonces, que los miembros de una misma generación histórica tendrán elementos semejantes que operan como significantes para dar sentido al mundo en el cual participan en el decurso de su vida cotidiana. De allí que sea posible entender que los agentes sociales que conforman una misma generación histórica cuenten (subjetivados) con actitudes, valores, normas, creencias, en definitiva, con un conjunto bien amplio de elementos socioculturales semejantes. Si bien es posible reconocer recortes específicos intrageneracionales, también es factible afirmar que cada generación histórica cuenta con atributos diferenciadores con relación a las otras, y en virtud de ello, es posible considerarlas como un objeto de estudio sociológico.

## **6. LOS RECORTES GENERACIONALES**

En los estudios generacionales, una de las cuestiones que ha generado también cierta polémica es el intento por determinar cuáles son los recortes temporales pertinentes que permiten reconocer a una generación histórica y diferenciarla de otra.

En los estudios generacionales fundacionales se sostenía que el criterio diferenciador consistía fundamentalmente en el hecho de que una generación histórica fuera capaz de expresar un “espíritu” propio o una cierta “misión histórica”. Ortega y Gasset (1923) fue el primero que estableció que las generaciones históricas se diferencian a partir de quince años. Es decir, que con la reproducción de una nueva generación biológica es posible, aunque no siempre ocurre de tal modo, que emergiera una nueva generación histórica. Sin embargo, esa posición ha sido luego discutida, en virtud de la impronta filosófica que tiene esa teorización.

Por su parte, en una aproximación más contemporánea, Feixa (2011, 2018) sostiene que las generaciones históricas no deben ser asociadas a las generaciones biológicas, sino más bien a ciertos modos específicos en que los miembros de ese colectivo social

promueven idearios, actitudes y modalidades de interacción. Por tal motivo, según este pensador, es posible reconocer nuevas generaciones incluso de un año a otro. De allí que Feixa (2018) afirme la existencia de la Generación Arroba o la Generación Hashtag en un recorte temporal mucho más acotado que lo que podría esperarse.

No obstante, en la literatura más difundida sobre generaciones históricas se ha generalizado una tipología de las generaciones históricas que reconoce al menos cinco durante el desarrollo del pasado siglo XX y el actual siglo XXI. Estos son:

- a) Generación Tradicional (GT): personas de más de 58 años. Se considera como recorte temporal la finalización de la Segunda Guerra Mundial. De este modo, se engloba bajo esta generación al colectivo social cuyo año de nacimiento fue previo a 1945.
- b) Generación Baby-boom (BB): es el colectivo social que incluye a los nacidos entre 1946 y 1960, es decir, cuentan entre 44 y 58 años. Es la generación que se conforma en el marco de surgimiento de la Guerra Fría, la Guerra de Vietnam y la lucha por los derechos civiles.
- c) Generación X: comprendidos entre los 25 y 43 años, nacidos entre 1961 y 1979. Este colectivo social se desarrolla en el marco de los movimientos estudiantiles y la crisis del Estado de Bienestar.
- d) Generación Y o Millennial: jóvenes entre 18 y 24 años, nacidos entre 1980 y 1995. Esta generación se desarrolla en el marco de las políticas neoliberales, el retraimiento del Estado y la finalización de la Guerra Fría. Un nuevo orden mundial se conforma, a partir de los procesos de regionalización y globalización económica.
- e) Generación Z: jóvenes nacidos a partir de 1995. Es la última generación a la cual se ha categorizado. Se conforma en el marco de la consolidación de la globalización, la aceleración del desarrollo tecnológico y la emergencia de nuevos riesgos y amenazas al sistema mundial, tales como el narcotráfico, la cuestión medioambiental, entre otros.

Los recortes temporales para determinar los límites entre una generación y otra son, por cierto, arbitrarios. En general, se consideran como criterios de delimitación la

identificación de ciertos eventos históricos significativos (en la literatura son denominados ESG, es decir, eventos significativos generacionales). Sin embargo, el criterio para determinar qué evento resulta significativo y cuál no ciertamente depende mucho de la perspectiva asumida por el autor. Por ejemplo, Howe y Strauss (2000) recortan las generaciones históricas a partir de una periodización de la historia asociada a ciertos eventos de significación mundial que identifican cada veinte años. De este modo, reconocen el período de los Años Locos (década del '20 del siglo pasado), Segunda Guerra Mundial (década del '40 del siglo pasado), Presidencia de JFK (década del '60 del siglo pasado), Neoliberalismo y fin de la Guerra Fría (década del '80 del siglo pasado), Caída de las Torres Gemelas (primera década del siglo XXI). Si bien resulta cierto que tales hechos históricos son significativos en términos que denotan una transformación del orden mundial (en sus aspectos económicos, políticos, sociales y culturales), también resulta cierto que no necesariamente esos hechos impactan del mismo modo en contextos históricos y sociales más acotados, o al menos, más específicos. Por ejemplo, el advenimiento del orden neoliberal en el mundo se puede identificar a partir de la crisis del Estado de Bienestar (generalmente ubicada a partir de la crisis del petróleo de 1973) y las profundas transformaciones económicas que se evidenciarán con la conformación de los gobiernos de Reagan en Estados Unidos y Thatcher en Reino Unido. Sin embargo, un análisis histórico más profundo y alocado a las especificidades de América Latina podrían revelar que la afrenta neoliberal en el continente americano asume su carácter específico con la conformación del llamado Consenso de Washington y la aplicación de las “recetas” neoliberales propuestas por este, luego de la crisis de la deuda externa que sufren la mayoría de los países de la región. Ello no fue en la década del '80, sino más bien una década posterior.

El ejemplo previo sirve simplemente para alertar sobre una cuestión de especial importancia en el estudio de las generaciones: los recortes temporales que generalmente se utilizan para caracterizar y sistematizar las generaciones históricas (desde la perspectiva que asume que ellas pueden ser definidas a partir de un marco socio-histórico determinado) se fundan en generalizaciones que muchas veces no pueden ser asumidas como adecuadas cuando se pretende estudiar a estos colectivos sociales en contextos socio-históricos más acotados y específicos. En otras palabras:

esos recortes cuentan con ciertos sesgos asociados a modelos de desarrollo económicos y políticos que no siempre resultan pertinentes para un estudio más específico en contextos localizados.

Por ello, aquellos especialistas que estudian las generaciones históricas desde esta perspectiva en América Latina afirman que resulta necesario identificar una cronología distinta. Cuesta (2012) sostiene el hecho de que no es posible afirmar una sincronía entre los procesos históricos de las economías desarrolladas y los países latinoamericanos. En particular, la extensión de las nuevas tecnologías a América Latina ha sido algo posterior que en Europa y Estados Unidos. De tal modo, no es posible reconocer que las nuevas generaciones (generalmente llamadas Millennial o Gen Z) se conformen de igual manera en aquellas latitudes que en los contextos locales. Las diferencias, afirma Cuesta (2012) no sólo se asocian a los procesos de difusión y generalización del uso de nuevas tecnologías; también es necesario señalar que los procesos económicos y políticos han tenido un impacto distinto en términos de temporalidad si uno focaliza su atención en el mundo desarrollado con relación a las regiones en vías de desarrollo. Por ello, Cuesta (2012) afirma que, si se parte de la concepción que una generación histórica se define a partir de cierto conjunto de valores comunes, idearios compartidos y cosmovisiones, resulta menester identificar qué eventos históricos significativos son aquellos que, localizados específicamente en el espacio que se pretende investigar, resultan realmente importantes para moldear, de algún modo, las actitudes, representaciones y valoraciones sociales que comparten una generación.

En conclusión, es posible afirmar que algunos estudios generacionales pecan de una generalización algo desmedida al momento de caracterizar las generaciones históricas. Si bien es cierto que, en términos más amplios y generales, es posible identificar elementos comunes de las generaciones históricas a nivel global, también resulta cierto que todo estudio sobre generaciones históricas que pretenda ser específico requiere de un análisis más pormenorizado y detallado de los aspectos sociales, económicos y políticos de la localización espacial sobre la cual se realiza ese análisis. De ese modo, sería posible evitar caer en generalizaciones que difícilmente puedan encontrar una contrastación empírica concreta.

Las reflexiones previas conducen necesariamente a una cuestión que resulta menester tratar: ¿cuáles son las limitaciones de la categoría conceptual “generación histórica” que existen para la aprehensión de fenómenos empíricos concretos? En otras palabras, ¿cuán operativa puede resultar esta categoría conceptual al momento de intentar caracterizar a colectivos sociales específicos?

## **7. LOS LÍMITES Y TENSIONES DE LA CATEGORÍA “GENERACIÓN HISTÓRICA”.**

Los estudios generacionales, principalmente en las áreas en donde se han generalizado, no tienden a problematizar la categoría conceptual “generación histórica”, y con ello, a identificar algunas tensiones que resulta necesario reconocer. En áreas tales como la Publicidad, la Administración y los Recursos Humanos, por mencionar sólo algunas, en los último quince años, han proliferado los estudios generacionales, vinculados especialmente con las nuevas generaciones. Mucho se ha escrito acerca de las características y atributos psico-sociales de las generaciones Millennial o Gen Z, si bien es cierto que mucho de lo presentado en tales trabajos no se funda en trabajos de indagación empírica, sino más bien en consideraciones muy amplias y generales que se han convertido en un cierto “saber consolidado”, sin que ello implique una problematización mayor. De esta manera, se ha conformado un cierto “sentido común” acerca de los atributos definitorios de las nuevas generaciones y, como tal, no es objeto de reflexión empírica, y mucho menos de impugnación. Muchos atributos que definen a las nuevas generaciones se fundan en afirmaciones de índole muy general e inespecífica, lo cual conduce a una cierta caracterización de las actitudes y comportamientos de los miembros de estas nuevas generaciones que no son objeto de una reflexión mayor. Lo que aún resulta más problemático es que, en aquellos casos en los que la pretensión de los estudios empíricos ha sido la de contrastar tales atributos actitudinales con la adscripción y la autoidentificación de aquellos que son categorizados como parte de una cierta generación, es posible identificar una serie de importantes tensiones entre lo que la literatura indica y lo que los propios agentes sociales tienen para decir acerca de ellos mismos.

Las generaciones históricas son colectivos sociales que asumen ciertos atributos comunes en virtud de compartir un mismo contexto sociohistórico. En virtud de tal contexto, es posible asumir que los modos de subjetivación del mundo social objetivo serán semejantes, conformando así modos de significación del mundo comunes entre aquellos que compartan tal contexto sociocultural. Por ello, es posible afirmar que agentes sociales que conforman su identificación social en cierto momento histórico común, tengan modos semejantes de actuar e interactuar, dado que tal identificación común implica un conjunto de valores, creencias, normas, actitudes e idearios compartidos.

No obstante, es necesario identificar algunas tensiones y limitaciones al concepto de generación histórica. A continuación, se pretende señalar sólo algunos de ellos:

**A. La identificación social es un proceso multidimensional, nunca unidimensional.**

Tal vez el error más habitual al momento de trabajar con el concepto es no reconocer que los miembros de una misma generación histórica pueden contar con atributos diferenciadores a partir de otros vectores y criterios identificatorios que operan de manera simultánea. Ya se ha explicado previamente que la identificación social es un proceso multidimensional, atravesado por diversos criterios de construcción de la mismidad y la otredad, es decir, por elementos de diferenciación que construyen al agente social como parte de un colectivo más amplio con el cual se identifica como un “nosotros” y, de modo concurrente, se diferencia de un “ellos”. En este sentido, es necesario advertir que las generaciones históricas no pueden ser consideradas como un fenómeno “monolítico”, y con ello, asumir que todos los miembros de una misma generación tendrán los mismos atributos y características psico-sociales. Existen elementos de identificación que afectan enormemente la subjetividad de los agentes sociales y que no se asocian exclusivamente al momento histórico en que se desenvuelve y construye el yo social. Dicho de otra manera: la subjetivación del mundo objetivo también se ve afectada por otros elementos de enorme significación para la conformación de la identificación social del agente. Por ejemplo, el género o la posición estratificacional afecta de modo notable el modo de socialización de los agentes sociales. De esta manera, no es posible afirmar que únicamente la membresía a una

generación histórica per se implique que todos los agentes sociales cuenten con mismas actitudes psico-sociales o imaginarios acerca de la realidad que les toca vivir. Por el contrario, su participación en el “mundo de la vida” se verá enormemente afectada por su adscripción a otras pautas identificatorias de igual envergadura. Por ejemplo, es posible suponer que un miembro de la Generación Millennial no tendrá mismas actitudes y representaciones hacia el “mundo del trabajo” si su posición en una estructura estratificacional es más alta o más baja. Dicho con palabras más sencillas: no es igual un Millennial que pertenezca a una clase social más alta que un Millennial que pertenezca a sectores pobres o excluidos. Las distintas posibilidades de acceso a trabajos de calidad, o incluso la posibilidad de vincularse con un entorno social que cuenta con representaciones específicas acerca del empleo, afectará enormemente sus propias subjetivaciones acerca de tal orden institucional. Si se sigue la noción de habitus elaborada por el sociólogo francés Pierre Bourdieu (1993), podríamos afirmar que la identificación del agente social se ve afectada por múltiples condicionantes que operan en el espacio social.

La perspectiva constructivista de Bourdieu (1993) generalmente es catalogada como “estructuralista”, en tanto que el autor asigna un carácter fundamental a la existencia de estructuras sociales que condicionan la conformación y forma que asume el mundo social. Bourdieu entiende que la estructura da cuenta de la existencia de un mundo objetivado, un mundo existente emancipado de los actores sociales que lo han conformado, y que se expresa en un conjunto de objetivaciones que son posibles de identificar por medio de la observación empírica: la existencia de universos simbólicos, mitos, incluso el propio lenguaje, son casos concretos de expresión de la existencia de estructuras objetivas. Una estructura objetiva, por lo tanto, puede ser entendida como aquello que ha sido producción humana, pero que se encuentra ahora en condiciones de independencia de las conciencias individuales y de la voluntad de los agentes sociales (Bourdieu, 1993). Las estructuras son capaces de orientar o condicionar tanto las prácticas como las representaciones simbólicas de las mismas. Establecen los límites a la posibilidad de acción y diversidad de conductas que los agentes sociales pueden asumir en el espacio social.



Sin embargo, las estructuras no tienen una existencia independiente de los agentes sociales. Por el contrario, son producto de sus prácticas. De tal modo, Bourdieu entiende que toda génesis social debe ser ubicada a nivel de las prácticas sociales que llevan a cabo los agentes sociales. Sin embargo, los agentes sociales han “internalizado” las estructuras sociales, lo cual conforma el “habitus”, es decir, un conjunto de esquemas o disposiciones para la acción que conforman patrones de percepción, cognición y volición accionalista, y que se ubican a nivel no consciente en la subjetividad de los agentes sociales (Bourdieu, 1993). El aspecto constructivo de la sociedad se da en el marco del habitus de los agentes sociales, y de las propias estructuras sociales, es decir, en un sistema de relaciones sociales estructuradas que conforman lo que Bourdieu denominará campos (Bourdieu, 1993).

Bourdieu (1991) señalará que los agentes sociales cuentan con un sentido práctico, es decir, una orientación cognitiva, anclada en tiempo y espacio, vinculada a la posición que el agente ocupa en el espacio social, es decir, en el sistema de relaciones sociales estructuradas que conforman esas estructuras desaprehendidas de la experiencia vital directa, pero internalizadas e interiorizadas, expresadas en el habitus del agente.

El mundo social no es estático; por el contrario, asume un carácter dinámico, anclado principalmente en la capacidad transformadora de los agentes sociales. Por ello, el habitus no debe ser entendido como una “marca” obtenida de una vez y para siempre, sino que el mismo es objeto de cambio, de transformación. Justamente, por medio del sentido práctico (Bourdieu, 1991), los agentes sociales son capaces de modificar las posiciones que ocupan en el espacio social, modificaciones que se encuentran sujetas a procesos de luchas, conflictos. El principal conflicto que deviene de las modificaciones de posiciones en el espacio social se da en términos de legitimación (Bourdieu, 1991).

El habitus opera como “nexo” entre las estructuras sociales y la agencia humana. Es una estructura estructurante, afirma Bourdieu (1993). En este sentido, por medio del habitus, los agentes sociales reproducen las estructuras sociales, manifestadas en la existencia del orden institucional, al tiempo que se conforma en una práctica social, en una “agencia” que es susceptible de cambio social. En este sentido, el habitus es incorporado por los agentes sociales por medio de las prácticas sociales en el espacio

social, en especial por aquellas prácticas vinculadas con las formas de incorporación de disposiciones cognitivas, significativas y volitivas. La interiorización del habitus se desarrolla en el marco del orden institucional, en lo que podría denominarse socialización, llevada a cabo por instituciones fundamentales tales como la familia u otras de carácter más amplio y general.

El habitus resulta fundamental para la comprensión del proceso de identificación tal como señalara Jenkins (2008). Tal como es entendido por Bourdieu, el habitus no sólo habilita la autoidentificación, sino la identificación como proceso construido en las relaciones de experiencia con los “otros” (Jenkins, 2008). En este sentido, el habitus implica un sistema de esquemas de producción de prácticas (lo cual habilita la agencia) y un sistema de esquemas de percepción y apreciación de tales prácticas (lo cual habilita la identificación entendida como proceso). Los esquemas de percepción interiorizados que conforman el habitus le permite al agente social identificar las posiciones que ocupa en el espacio social (por lo cual, habilita lo que Jenkins (2008) denomina autoidentificación). Por otro lado, en tanto que el habitus implica interiorización de esquemas de apreciación, opera como estructura de clasificación de los demás en el mismo espacio social, de las posiciones que los demás ocupan en los distintos campos (la definición de la identificación en términos relacionales, según Jenkins (2008)). El habitus, en consecuencia, ofrece al agente social un sentido de identidad propia y de identidad de los demás, en tanto que le permite auto percibirse en el espacio social y le permite clasificar a los demás en el mismo.

Las reflexiones previas sobre el habitus permiten reconocer que los procesos de identificación no son unidimensionales. En tanto que los miembros de una misma generación histórica se encuentran atravesados por una plétora de relaciones sociales estructuradas en el espacio social, los criterios de identificación afectan las actitudes, representaciones e idearios que se construyen de manera interactiva. Por ello es necesario abandonar una mirada simplista de las generaciones históricas que conduce a asumir que determinado agente social, por contar con una cierta edad (y por ello, por formar parte de una cierta generación), cuenta con mismas características y actitudes psico-sociales que el resto de sus congéneres. Existe una afectación de la identificación

a partir de otros criterios identificatorios, tales como el género, la clase social e incluso su posición en ámbitos rurales o urbanos.

**B. La identificación social es un proceso dialéctico entre la autoidentificación y la categorización. La categorización de los otros no necesariamente implica una autoidentificación en los mismos términos.**

Una de las cuestiones más delicadas con relación a los estudios que utilizan la categoría conceptual “generación histórica” es la tensión que existe entre la categorización que tales investigaciones realizan acerca de los colectivos sociales que analizan y las autoidentificaciones que los propios agentes sociales afirman como realmente significativas. En otras palabras, la mayoría de las investigaciones que abordan los estudios sobre las nuevas generaciones generalmente parten de una serie de caracterizaciones acerca de estos colectivos sociales que no siempre se encuentran fundadas en investigaciones empíricas concretas que las confirmen. Estos marcos teóricos desde los cuales se parte operan como un sistema de categorías que muchas veces asignan actitudes psico-sociales e idearios a los miembros de una generación, sin que ello implique que los propios agentes sociales se reconozcan a partir de tales asignaciones de sentido. Dicho de otro modo, más sencillo: no necesariamente un Millennial o un Gen Z, categorizado así a partir de los recortes generacionales que la literatura especializada considera legítimo, se considera a sí mismo como parte de esa generación.

Una encuesta realizada por Pew Research Center (2018) señala que sólo un 40% de los nacidos entre 1980 y 1997 (ese es el recorte temporal que consideran para categorizar a la Generación Millennial) se consideran Millennials como tal. Según el mismo estudio, el 33% de los encuestados se reconoce como Generación X, es decir, como miembros de la generación previa. El mismo estudio revela que el 45% de los Millennials “senior”, es decir, los más adultos de la generación, no se considera como parte de su generación. Esto resulta notable y a la vez muy significativo al momento de realizar estudios generacionales: si bien los recortes generacionales se fundan en los ESG (eventos significativos generacionales) para poder realizar las cohortes poblacionales que forman parte de cada generación, a nivel subjetivo de los propios agentes sociales pareciera ser

que no operan del mismo modo. De algún modo, lo que revelan estos estudios son dos cosas importantes: por un lado, que los estudios generacionales deben profundizar en los procesos de autoidentificación subjetiva de los agentes sociales; por otro lado, que los límites generacionales son mucho más difusos de lo que podría parecer a primera vista. Allí donde se pretende señalar los elementos de ruptura entre una generación y otra, pareciera ser que también resulta muy valioso reconocer qué elementos de identificación subjetiva indican continuidades entre las generaciones. Claro está que las categorizaciones generacionales operan como un recurso analítico y heurístico; no obstante, es necesario problematizar tales categorizaciones y, en particular, reconocer de qué modo ellas afectan los procesos de subjetivación de la autoidentificación.

En términos del autorreconocimiento que los miembros de una generación hacen de sí mismos como parte de ella, también resulta notable la aceptación a ciertas estereotipaciones que se encuentran generalizadas, especialmente en textos de divulgación general, como pueden ser los medios de comunicación masiva. Según el estudio de Pew Research Center (2018), casi el 60% de los Millennials encuestados asigna ciertos sentidos negativos o peyorativos a los miembros de su generación. Por ejemplo, los mismos Millennials caracterizan a los “otros” Millennials como egocéntricos o egoístas. Sin embargo, esa asignación de sentidos negativos siempre opera como una categoría legítima para “los otros” y no para sí mismos. Es decir, los Millennials son de tal modo, pero “yo” (también Millennial, según la categorización generacional) no lo soy.

Según Gutiérrez Rubí (2018), sólo 3 de cada 10 Millennials se reconoce a sí mismo como parte de la generación. De ese porcentaje, un tercio requiere ser “guiado” en la respuesta, es decir, no tiene en claro qué elementos podrían diferenciarlo de otras generaciones. Algo semejante sucede con los Baby Boomers: sólo el 10% se reconoce como parte de esa generación.

En conclusión, pareciera ser que una de las tensiones más significativas con relación a los estudios generacionales es el hecho que la adscripción generacional no implica un autorreconocimiento de tal condición. En virtud de ello, resultaría valioso para los estudios generacionales profundizar en la comprensión de los mecanismos de

identificación y, fundamentalmente, en los modos en que los agentes sociales tensionan las categorizaciones generacionales en sus procesos de subjetivación.

**C. Las categorías generacionales (Millenials, Gen Z, etc.) muchas veces operan como estereotipos generalizadores que simplifican una variación intrageneracional muy amplia y significativa.**

Los estudios generacionales provenientes del campo de las Ciencias Sociales generalmente se ven obligados a elaborar tipos ideales de las generaciones históricas, con el propósito de que ellos operen como categorías conceptuales que permitan estudiar la variabilidad empírica de la población bajo estudio. Si bien es sabido que ningún tipo ideal existe en la realidad empírica concreta del modo tal en que es definido (Weber, 1998), en general, los estudios antropológicos, sociológicos y semejantes de las generaciones históricas se fundan en tipologías de estos recortes poblacionales para poder encontrar elementos de continuidades y ruptura intergeneracional.

No obstante, en otros textos de divulgación más general, tales como noticias en medios de comunicación masiva o incluso en trabajos sin rigurosidad científica, es muy habitual la utilización de estereotipos de los sujetos sociales que pertenecen a cada una de las generaciones. En estos trabajos, muchas veces se construyen estereotipos (en varios casos, incluso con una fuerte connotación negativa) de lo que es un Gen X, un Millenial o un Gen Z. Estos estereotipos se fundan en una generalización de sentidos que operan como un “sentido común” asociado a los estudios generacionales. De tal modo, se dice que los Millenials son “egoístas” o “individualistas” o que los Gen Z son “narcisistas” y “preocupados por las cuestiones sociales”, sin que ello implique necesariamente una fundamentación basada en estudios con rigurosidad metodológica. Incluso, cierto sentido común generalizada opera de modo tal de pensar que las nuevas generaciones (Millenials y Gen Z) son “peores” que las anteriores, adjudicando así un juicio de valor que resulta inadmisibles para los estudios que pretendan contar con un carácter eminentemente científico.

Ciertamente, las generaciones históricas no son uniformes. Las cohortes generacionales implican un rango etario amplio (según la conceptualización que se utilice, puede llegar a ser de quince o treinta años incluso). Estudios provenientes del campo sociológico

(Pilcher, 1994; Feng, 2011) reconocen que existen muchas semejanzas en las características psico-sociales de los miembros de una generación con relación a otra cuando se consideran los extremos que las diferencian. Es decir, un Millennial “junior” es bastante parecido a un Gen Z “senior”. Según estos estudios, no es posible simplificar de manera estereotipada a los agentes sociales a partir de la edad que ellos tengan, ni concluir a partir de ella las actitudes y comportamientos que efectivamente desempeñen. Probablemente, esta sea una de las dificultades mayores que enfrentan los estudios generacionales: asumir como veraces ciertos sentidos comunes que se han generalizado, incluso en el discurso cotidiano.

La consecuencia más notable de esto es que se asumen a las generaciones históricas como colectivos sociales homogéneos, muchas veces sin dar cuenta de las importantes heterogeneidades que es posible reconocer. De algún modo, se reducen al mínimo las variabilidades intra-generacionales, y con ello, se construyen estereotipos que simplifican, de modo incorrecto, una realidad social mucho más compleja. Sin embargo, no es la única simplificación que se realiza.

Los medios de comunicación masiva se encuentran muy interesados en los estudios generacionales, especialmente aquellos que abordan las problemáticas, consumos y actitudes de las nuevas generaciones. Es habitual ver que en diarios y revistas aparecen artículos de divulgación con títulos tales como “los Millennials hacen tal o cual cosa” o “los Gen Z proponen una forma de consumir tal o cual producto novedoso”. Esas afirmaciones, fundadas en estereotipos, no dan cuenta de variabilidades empíricas que es necesario advertir y resaltar. Por ejemplo, muchos artículos realizan generalizaciones estereotipadas sin hacer referencia a las variaciones regionales.

Un elemento adicional debe ser considerado al momento de considerar los estereotipos construidos sobre los miembros de las generaciones históricas es el hecho que la propia categoría conceptual es de origen anglosajón (Gutiérrez Rubí, 2018). Mucho de lo que se presenta como propio y específico de las nuevas generaciones, por ejemplo, no es problematizado para otras realidades socioculturales, tales como la latinoamericana. Incluso los estereotipos generacionales no dan cuenta de diferencias muy significativas de los propios países en donde se realizan estudios más acotados geográficamente.

En conclusión, si bien los estereotipos son utilizados habitualmente en el decurso de la vida social y resultan sumamente útiles para poder anticipar comportamientos y calcular expectativas, es necesario reconocer que mucho de lo que circula en la producción de consumo general y masivo sobre las generaciones históricas se funda en estas generalizaciones. Es necesario atender a las estereotipaciones generalizadoras y evitar caer en simplificaciones que difícilmente podrían ofrecer una mayor comprensión acerca de las generaciones históricas.

## BIBLIOGRAFIA

- ABRAMS, P. (1982): *Historical Sociology*. Shepton Mallet: Open Books.
- ADDOR, M. L. (2011) Generation Z: What is the Future of Stakeholder Engagement? *Institute for EMERGING ISSUES – NC State University*, pp. 1- 7. Documento electrónico en línea, disponible en <https://iei.ncsu.edu/wpcontent/uploads/2013/01/GenZStakeholders2.pdf>. Fecha de acceso: 23-09-2016.
- BAUMAN, Z. (2007): «Between Us, the Generations». J. Larrosa (editor): *On Generations. On coexistence between generations*. Barcelona: Fundació Viure i Conviure.
- BERGER, B. M. (1960): «How Long is a Generation?». *British Journal of Sociology*, II, 5.
- BERGER, P. y LUCKMANN, T. (2006) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BOURDIEU, P. (1979): *La distinción, critique sociale du jugement*. Paris: Minuit.
- BOURDIEU, P. (1997) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- CARR, C. (2017). *Keeping up with the MILLENNIALS*. Inc, 39(3), 48-49.
- CHERRINGTON, R. (1997) *Generational Issues in China: A Case Study of the 1980s Generation of Young Intellectuals*, en *The British Journal of Sociology*, Vol. 48, No. 2 (Jun., 1997), pp. 302-320.
- CHIRINOS, N. (2009). *Características generacionales y los valores. Su impacto en lo laboral Observatorio Laboral*. *Revista Venezolana*, 2 (4), pp. 133-153.
- CUESTA, M. (2008.) *El impacto de la Generación Millennial en el mundo laboral: un estudio exploratorio*. Nova Tesis, Buenos Aires, Nro. 10, p. 75-95.
- EISENSTADT, S. N. (1964): *From Generation to Generation*. New York, The Free Press. ]
- FEIXA, C. (2011) El concepto de generación en las teorías sobre la juventud. *Revista Última Década*. Nro. 34, CIDPA Valparaíso.
- GIDDENS, A. (1995) *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- GONZÁLEZ, R. (2011). *La incorporación de la Generación Y al mercado laboral*. Palermo Business Review. Argentina.
- HOWE, H. & STRAUSS W. (2000). *Millennials Rising: The Next Great Generation*. Knopf Doubleday Publishing Group, pp.23-45
- JENKINS, R. (2008) *Social Identity*. New York: Routledge.
- LARROSA, J. (ed.) (2007): *On Generations. On Coexistence between Generations*. Barcelona: Fundació Viure i Conviure.
- MANNHEIM, K. (1928): «El problema de las generaciones». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62 [1993].
- MARÍAS, J. (1949): *Generaciones y constelaciones*. Madrid: Alianza [1989].
- ODDONE, M. J. y LYNCH, G. (2008) La memoria de los hechos sociohistóricos en el curso de la vida. *Revista Argentina de Sociología*. Año 6, Nro. 10.
- OGG, J. & BONVALET, C. (2006) *The Babyboomer generation and the birth cohort of 1945-1954: a European perspective*. ESRG-AHRC seminar, pp. 1-18



ORTEGA Y GASSET, J. (1923): «La idea de las generaciones». *El tema de nuestro tiempo, Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente [1966].

PILCHER, J. (1994). Mannheim's sociology of generations: an undervalued legacy. *BJS*, Vol. 45, No. 3, (September 1994), pp. 481-495.

SIMON, C. Y ALLARD, G. (2007). Generación "Y" y mercado laboral: Modelo de gestión de Recursos Humanos para los jóvenes profesionales. Instituto de Empresa Business School. España.

SMOLA, K. and SUTTON, Ch. (2002) *Generational Differences: Revisiting Generational Work Values for the New Millennium* en *Journal of Organizational Behavior*, Vol. 23, No. 4, Special Issue: Brave New Workplace: Organizational Behavior in the Electronic Age (Jun. 2002), pp. 363-382.